

Emilio Castelar y los clásicos de Grecia y Roma¹

Manuel SANZ MORALES

Universidad de Extremadura
msanz@unex.es

RESUMEN

Este artículo es el primer estudio de conjunto que se ocupa de la contribución que realizó Emilio Castelar a los estudios clásicos en la España del siglo XIX.

Castelar (1832-1899) fue historiador, además de uno de los más destacados políticos de su siglo y último presidente de la Primera República Española (1873-1874). Muchas de sus obras sobre historia y política han sido traducidas a las principales lenguas modernas.

Palabras clave: Filología Griega. Filología Latina. Tradición Clásica. Siglo XIX. Castelar.

SANZ MORALES, Manuel, «Emilio Castelar y los clásicos de Grecia y Roma», *Cuad. fil. clás. Estud. lat.* vol. 24 núm. 1 (2004) 149-184.

Emilio Castelar and the classics of Greece and Rome

ABSTRACT

This is the first comprehensive study of Emilio Castelar's contribution to the field of Classical Studies in XIXth century Spain.

Castelar (1832-1899) was a historian, one of the foremost politicians of his century, and the last President of the Spanish I Republic (1873-1874). Many of his works on History and Politics were translated to the most important modern languages.

Keywords: Greek Philology. Latin Philology. Classical Tradition. XIXth Century. Castelar.

SANZ MORALES, Manuel, «Emilio Castelar and the classics of Greece and Rome», *Cuad. fil. clás. Estud. lat.* vol. 24 núm. 1 (2004) 149-184.

SUMARIO 0. Preliminares. 1. Vida y formación intelectual. 2. Relación de las obras que se refieren a la antigüedad clásica. 2.1. Libros. 2.1.1. De contenido histórico. 2.1.2. De historia de la literatura o crítica literaria. 2.1.3. Obras literarias. 2.2. Artículos. 2.2.1. De contenido histórico. 2.2.2. De contenido literario. 3. Estudio de las obras de asunto grecolatino. 3.1. *Lucano: su vida, su genio, su poema*. 3.2. *La civilización en los cinco primeros siglos del cristianismo*. 3.3. *Galería histórica de mujeres célebres*. 4. Estudio de las obras de carácter literario. 4.1. *La redención del esclavo*. 4.2. *El ocaso de la libertad*. 4.3. *Nerón. Estudio histórico*. 5. Conclusiones: Castelar y su aportación a los estudios clásicos. 5.1. Las ideas filosóficas de Castelar. 5.2. Preferencias en el ámbito de la literatura grecolatina. 5.3. Aspectos formales y metodológicos en su tratamiento de las fuentes clásicas. 5.4. Otras consideraciones sobre los clásicos. 6. Castelar y los clásicos de Grecia y Roma.

¹ Este trabajo pertenece al Proyecto de Investigación *Safo en España* (BFF2002-03242, MCYT-FEDER). Agradezco a mis colegas Francisco GARCÍA JURADO y Pilar HUALDE PASCUAL sus valiosas observaciones.

0. PRELIMINARES

El político y orador Emilio Castelar fue uno de los españoles más conocidos del siglo XIX, y posiblemente la figura pública nacional de mayor celebridad en el extranjero². La importancia de Castelar en la política y la historia ha sido reconocida por el mundo académico, ya que existe una bibliografía bastante abundante en torno a esta faceta suya. Lo que no admite duda, a mi entender, es que otra faceta no carente de interés, la de historiador, hombre de letras o erudito, ha sido hasta ahora insuficientemente tratada³. El hecho es que las numerosas obras de Castelar, muy leídas en su tiempo, apenas se reeditaron tras su muerte y, si así fue, ello ocurrió en los decenios inmediatos a ésta, para ir poco a poco desapareciendo de las librerías y quedar ya en las últimas décadas del siglo XX relegadas a los anaqueles de las bibliotecas públicas. Y, si su obra erudita es hoy en día poco leída y estudiada⁴, menos aún lo es la parte de esta obra que se refiere al mundo clásico. De hecho, no existe ningún estudio de conjunto sobre la materia, y casi ninguno acerca de aspectos parciales. Así pues, intentaré por vez primera dar a conocer las claves de esta importante faceta de la obra creada por Castelar. Me centraré en lo relativo a la literatura grecolatina, evitando en lo posible juzgar la aportación puramente histórica de Castelar referente a Grecia y Roma, si bien esto será imposible en ocasiones, ya que en muchas de sus obras lo histórico y lo literario están estrechamente unidos.

1. VIDA Y FORMACIÓN INTELECTUAL⁵

Emilio Castelar y Ripoll nació en Cádiz el 7 de septiembre de 1832. La familia era oriunda de la provincia de Alicante, pero se había visto obligada a emigrar porque el

² Sería labor ímproba relacionar las muchas obras de CASTELAR traducidas a las principales lenguas, o describir su fama en el extranjero como defensor de la democracia. El propio CASTELAR cuenta algunos honores vividos (*Retratos históricos*, Madrid, Oficinas de La Ilustración Española y Americana 1884): el Presidente GRANT fue a visitarlo a su casa de Madrid (p. 267), Max MÜLLER habló con elogio de sus obras (*ibid.*), GLADSTONE le prologó un discurso traducido al inglés (pp. 266-267). Añadamos la voz de los españoles, al menos la de quienes leían el ABC: en mayo de 1912 este diario realizó una encuesta entre sus lectores para saber quiénes habían sido los diez españoles más influyentes en la prosperidad y cultura de la España del XIX. La votación arrojó el siguiente orden de preferencia: CASTELAR, PRIM, CÁNOVAS, MENÉNDEZ PELAYO, José ECHEGARAY, GALDÓS, CAJAL, Antonio MAURA, SAGASTA y BALMES (mi fuente es J. GARCÍA MERCADAL 1964, 9-10). Pero la anécdota que hoy tal vez nos admira más es que en Brooklyn, Nueva York, se creó un *Castelar-Club*, cuya directiva dirigió al prócer una carta de reconocimiento el 13 de noviembre de 1881.

³ Un dato: en su estudio panorámico, pero bien documentado, sobre la filología clásica española del siglo XIX, Manuel FERNÁNDEZ-GALIANO (1977) no menciona en absoluto a CASTELAR.

⁴ En los últimos años están contribuyendo a colmar esta laguna los seminarios sobre su figura organizados por la Universidad de Cádiz. Las actas del primero se han publicado ya (HERNÁNDEZ GUERRERO, ed., 2001).

⁵ Acerca de la vida de CASTELAR he tomado datos de: ALBEROLA (1904), ALBEROLA (1950), LLORCA (1966), ESTEVE IBÁÑEZ (1990), VILCHES GARCÍA (2001); también de la *Autobiografía* de CASTELAR, escrita en tercera persona y editada a partir del manuscrito de su puño y letra por Ángel PULIDO (1922, CVII-CXXVIII). Ahora bien, hay que manejar esta autobiografía con prudencia, porque, como señala ya ESTEVE IBÁÑEZ (1990, 24), CASTELAR comete en ella muchas inexactitudes.

padre había sido perseguido por causa de sus ideas liberales. Después de dos años en la ciudad andaluza, y desaparecido don Manuel Castelar⁶, doña Antonia Ripoll regresó a su tierra alicantina con sus dos hijos, Concha y el pequeño Emilio, catorce años más joven que su única hermana. Aparte de una novia efímera, prima suya, no hubo más mujeres en la vida de Castelar, que permaneció siempre soltero. Por diferentes noticias sabemos que idolatraba a su madre⁷; a la muerte de ésta, continuó viviendo con Concha, quien tampoco contrajo matrimonio⁸.

Es de suponer que el primer contacto de Castelar con el mundo clásico tuviera lugar en la escuela de Sax. En este pueblo alicantino estudió el pequeño Emilio desde 1842 hasta 1845, y allí fue donde aprendió latín y gramática con su maestro Pedro Valera, aficionándose a la lectura de los autores clásicos⁹. Como sucede con los profesores que tenemos en los primeros años, cuando carácter e intelecto están aún sin formar, tal vez este maestro, de quien Castelar conservó siempre buen recuerdo, fue decisivo para despertar su afición.

En 1845, siendo ministro de Gobernación Pedro José Pidal y encargado de Instrucción Pública Antonio Gil de Zárate, se restableció el griego en todas las universidades dentro de la facultad de Filosofía. Además, en 1850 se creó la Escuela Normal de Filosofía, a imitación de Francia. Con ella se preparaba para más adelante la inclusión del griego en los institutos de segunda enseñanza¹⁰. Todo esto significa que Castelar no pudo estudiar griego en la segunda enseñanza, concluida por él en 1848¹¹, pero sí en la Universidad¹².

⁶ Esta desaparición del padre es quizá el punto más oscuro en la biografía de CASTELAR. Las hipótesis principales son dos, que hubiese muerto (quizá ajusticiado) o que hubiera huido a América, tal vez con la intención de regresar en busca de su familia, lo que nunca ocurrió. En su *Autobiografía* (CXIV), Castelar dice que su padre hizo en 1839 un viaje a Madrid, muriendo allí. Véase la información que sobre la cuestión da ESTEVE IBÁÑEZ (1990, 25).

⁷ Así lo confirma su secretario ALBEROLA (1950, 101).

⁸ ALBEROLA (1950, 207-212), quien afirma que fue para su hermano una segunda madre.

⁹ VILCHES (2001, 13). CASTELAR, *Autobiografía* (CXVI): «En Elda aprendió las primeras letras, y la lengua latina. Sus traducciones llamaban la atención de los maestros, no sólo por la exactitud, sino por la elegancia y propiedad del lenguaje». Con todo, hay que tener presente la advertencia de la n. 5.

¹⁰ Se trataba de una reforma de la educación secundaria y superior, el Plan General de Estudios aprobado por Real Decreto de 17 de septiembre de 1845; más información en CAPITÁN DÍAZ (1994, 72 ss.); para lo relativo a la fortuna del griego, cf. APRAIZ (1874, 75). Este autor (*ibid.*, n. 2) remite al propio GIL DE ZÁRATE, *De la instrucción pública en España*, vol. III (413). Para una breve y documentada exposición de los estudios helénicos en España a comienzos del XIX, cf. HUALDE PASCUAL-HERNÁNDEZ MUÑOZ (2000, 283-286); PÉREZ-RIOJA (1962, 200-206) proporciona información útil del periodo que va de 1759 a 1830.

¹¹ Hay aquí algunas inconsistencias en cuanto a las fechas. CASTELAR escribe su autobiografía deprisa y sin afán de precisión. Por ejemplo, en la p. CXX afirma que opositó a su cátedra en diciembre de 1856, pero el hecho es que se convirtió en catedrático en febrero de 1857; o bien había empezado la oposición en diciembre, y se refiere a esto, o bien le falla la memoria. En lo que ahora nos concierne, dice que pasó de Alicante a Madrid en 1848, y que había hecho la segunda enseñanza en el Instituto de Alicante en 1845 (p. CXVI). No queda claro si comenzó la secundaria en 1845 (así lo entiende VILCHES GARCÍA 2001, 309), es decir, a los trece años, lo que parece una edad demasiado tardía, o si lo que quiere decir es que en 1845 estaba cursándola.

¹² No he logrado saber cuántos años de griego había en la Universidad; APRAIZ (1874, 76) dice que desde 1845 se les exigía a los alumnos de Teología un curso para licenciarse y dos para el doctorado, «incluyéndose dos años en la carrera de filosofía», pero esto último por R. O. de Ventura GONZÁLEZ ROMERO (septiembre de 1852). A CASTELAR ya no lo alcanzó, porque había ingresado en la Escuela Normal en 1851.

La penuria económica que había acompañado a la familia desde la desaparición del padre se superó siempre gracias a la generosidad de familiares, y así pudo el joven Castelar desplazarse a Madrid para realizar estudios universitarios. La carrera de Jurisprudencia, elegida en un principio, fue abandonada en 1851 para cursar Filosofía y Letras en la Escuela Normal, fundada recientemente para formar profesores de Ciencias y Letras. El puesto, ganado frente a otros cincuenta aspirantes, daba derecho a un sueldo, ya que el alumno era a un tiempo profesor auxiliar¹³. Las asignaturas encargadas a Castelar fueron Literatura Universal y Española, Griego y Literatura Latina, en lo que fue su primer contacto profesional con la literatura clásica.

En febrero de 1857 obtiene en la Universidad de Madrid, y por unanimidad del tribunal, la Cátedra de Historia Crítica y Filosófica de España, tomando posesión el día 27. En junio de ese mismo año se presenta a los ejercicios para obtener el grado de doctor, ya que entonces no existía este requisito para ser catedrático. La segunda prueba, consistente en una disertación verbal, nos interesa especialmente, ya que trató sobre el «Estado de la lengua griega en el último periodo de su historia y causas que influyeron en su decadencia. - Estado de los diversos géneros de poesía durante el mismo periodo. - Cultivo de la prosa dentro del mismo periodo. - Gramáticos Escolias-tas (*sic*), Lexicógrafos, Oradores Cristianos. - Paralelo entre éstos y los anteriores paganos»¹⁴. Superadas las pruebas satisfactoriamente, Castelar pronunció el discurso de investidura en el Salón de Grados de la Universidad; el título fue *Lucano: su vida, su genio, su poema*¹⁵.

Castelar desempeñó su labor de profesor universitario casi ininterrumpidamente¹⁶ hasta la Restauración, en concreto hasta el 19 de marzo de 1875, fecha en que renunció definitivamente a su cargo docente con motivo de ser promulgado el decreto del marqués de Orovio, Ministro de Fomento, que atentaba gravemente contra la libertad de cátedra¹⁷. Simultaneó esta labor con una actividad publicística abrumadora¹⁸, consistente sobre todo en escritos políticos, pero que incluía tam-

¹³ Cf. VILCHES GARCÍA (2001, 15) y LLORCA (1966, 24), que discrepan ligeramente en las fechas.

¹⁴ Probablemente las exigencias se limitaran a un elenco de autores y obras, acompañado de algunos comentarios. Para afirmar esto me baso en el sentido común, así como en la escasa amplitud del contenido de las historias de la literatura griega editadas en España por aquellos años (al respecto, véase n. 20).

¹⁵ VILCHES GARCÍA (2001, 36). El discurso, al que me referiré después con detenimiento en 3.1, se publicó con el mismo título en Madrid, Marín y Laviña, en 1857. Es de rigor señalar que no era una tesis doctoral, al contrario de lo declarado por algunos estudiosos de la obra de CASTELAR, quienes, obviamente, no han consultado el breve opusculo. La universidades españolas no exigían para obtener el grado de doctor un trabajo de investigación del tipo de la tesis actual.

¹⁶ Fue destituido con motivo de la revolución de junio de 1866. CASTELAR tomó parte en ella activamente, lo que le costó el exilio. Tras la Gloriosa, en 1868, fue repuesto en su cátedra.

¹⁷ Sobre este decreto, de 26 de febrero de 1875, origen de la llamada «cuestión universitaria», véase A. JIMÉNEZ (1971, 354ss.; en las pp. 359-360 hay un extracto del escrito de renuncia de CASTELAR) y CAPI-TÁN DÍAZ (1994, 182-184).

¹⁸ Ginés ALBEROLA, que fue secretario suyo desde 1877 y durante veinte años, y encargado de tomar al dictado su producción cotidiana, afirma que ésta venía a suponer alrededor de cien cuartillas (ALBEROLA 1950, 39).

bién un buen número de aportaciones de carácter histórico, especialmente sobre la Antigüedad.

Es de rigor aludir, al menos brevemente, a la actividad política de Castelar, que se desarrolló incesante en defensa de la democracia y la república, de la que fue presidente a fines de 1873, el cuarto y último presidente de aquella Primera República efímera y caótica. Elegido diputado en las primeras Cortes de la Restauración, Castelar siguió en la vida política activa, si bien desde posiciones más moderadas. Continuó firme en sus ideas republicanas, pero en la práctica aceptó la monarquía constitucional, renunciando a soluciones revolucionarias como las emprendidas en su juventud. En 1893 se retiró de la política y disolvió el Partido Posibilista, que había creado para actuar a partir de ideas liberales y democráticas sin abandono de la senda constitucional. Pero es fácil suponer que su vocación política no se extinguió jamás, y prueba de ello es que decidió reincorporarse a esa actividad en 1899, quizá preocupado por el rumbo de la patria tras el desastre del 98. Mas apenas tuvo tiempo para llevar a cabo su propósito, ya que murió en San Pedro del Pinatar, junto al Mediterráneo murciano, el 25 de mayo de 1899.

Es necesario hacerse una pregunta: ¿fue autodidacta la formación clásica de Castelar? Lo cierto es que recibió formación en la medida en que en la España de la época se podía recibir formación en este campo, es decir, no demasiada. Está claro que, además de la historia antigua, que constituyó siempre su especialidad, Castelar conocía la lengua latina y su literatura¹⁹, así como la literatura griega. Otra cuestión, y cuestión poco clara, es cuál era el nivel de sus conocimientos de lengua griega. Mi impresión es que tenía bastantes conocimientos de griego, pero no al nivel de un filólogo profesional. El hecho es que enseñó griego en la Universidad de Madrid, pero sólo en su etapa de alumno de la Escuela Normal, es decir, como profesor auxiliar. Según lo ya expuesto sobre las condiciones del griego en la enseñanza de la época, parece que el nivel exigible a los alumnos no podía ser elevado. Por otra parte, es rarísimo encontrar en sus obras una cita en griego²⁰. Tampoco hay explicaciones lingüísticas, etimológicas, curiosidades relacionadas con la lengua griega, etc. Esto también ocurre con el latín, pero en esta lengua sí encontramos bastantes citas. Parece indudable que a Castelar no le interesaban las lenguas, lo que constituye tal vez una faceta más de su escasa afición por el dato, por los ladrillos que levantan el edificio de la historia. Castelar se movía en el terreno de las ideas, éste era el ámbito en el que se encontraba cómodo.

No es arriesgado suponer que la formación clásica de Castelar, especialmente la griega, tuvo bastante de autodidacta. La universidad española no andaba sobrada de

¹⁹ En su lista bibliográfica de humanistas del XIX, RUBIO (1934, 130) lo cataloga lacónicamente: »A famous orator and statesman and also a good Latinist». Señalemos aquí que fue alumno de uno de los filólogos clásicos más importantes de la España de entonces, Alfredo Adolfo CAMÚS, a quien CASTELAR dedicó su serie de artículos «Mantua y Virgilio» (véase *infra* 2.2.2) con palabras de admiración y cariño, reconociéndose discípulo suyo. Sobre CAMÚS, cf. GARCÍA JURADO (2002); sobre la admiración de CASTELAR, *ibid.*, p. 18.

²⁰ Si bien no he revisado línea por línea la enorme obra de CASTELAR, sólo puedo dar fe de tres; véase al respecto el apartado 5.3.

grandes filólogos clásicos que pudieran ejercer un verdadero magisterio²¹, y Castelar, al igual que casi todos los académicos en formación de su época, no tuvo la oportunidad de ampliar estudios en universidades extranjeras. Así las cosas, es verosímil que las lecturas particulares jugaran un papel importante en su formación. Sabemos, por otra parte, que Castelar leía constantemente desde niño, afición que su propia madre había fomentado siempre, encontrando en el hijo campo abonado. De hecho, Castelar dispuso desde su infancia de una buena biblioteca, que fue propiedad de su padre, y que más tarde su madre, venciendo las penurias económicas, se propuso y consiguió conservar²². Pero es que, además, Castelar tuvo siempre gran afición por comprar libros, llegando a reunir una gran biblioteca de más de veinte mil ejemplares²³.

2. RELACIÓN DE LAS OBRAS QUE SE REFIEREN A LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA

La obra de Castelar referente a la antigüedad clásica es amplia, si bien hay que hacer tres precisiones al respecto. La primera es que esa obra es ante todo de contenido histórico. Lo filológico y, especialmente, lo que podríamos llamar ensayismo literario, constituye sólo una parte, no muy extensa. La segunda precisión es que Castelar tiende a repetirse bastante, incluso a veces dentro de la misma obra. La tercera atañe a la proverbial capacidad de Castelar para adornar sus ideas con largos circunloquios retóricos. No es que no haya ideas, las hay, pero estas necesitan a menudo de amplios proemios o de ilustraciones no menos extensas que se remontan más allá de lo que previsiblemente requiere la argumentación. Todo ello hace que su obra sea de hecho más extensa de lo que es en esencia. Hechas estas salvedades, a continuación doy una lista descriptiva de las obras en cuestión²⁴.

²¹ Con relación a los estudios helénicos, en los años 40, década de formación de CASTELAR, sólo se publica la *Literatura griega* de Braulio FOZ (Zaragoza, Gallifa 1849), que no dista mucho de ser un prontuario. Antes de ella, sólo se disponía de la obra de Casto GONZÁLEZ *Compendiaria in Graeciam via, sive praesantiorum linguae graecae scriptorum notitia, ad usum hispanae juventutis* (Madrid 1792). La publicación de gramáticas griegas revela un panorama más halagüeño, ya que hasta la década de los 40 habían aparecido varias (APRAIZ 1874, 80-84). Acerca de los manuales de literatura griega, cf. el completo tratamiento de HUALDE PASCUAL (en prensa; agradezco a la autora que me haya permitido leer el original); sobre los manuales de literatura latina, cf. García Jurado (en prensa; *idem*).

²² *Autobiografía*, CXIV.

²³ ALBEROLA (1904, 151). Cuenta también (ALBEROLA 1950, 34) que, a la muerte de CASTELAR, su amigo CALZADA la adquirió en 60000 pesetas.

²⁴ ESTEVE IBÁÑEZ (1990, 584-595, «Bibliografía. Obras de Castelar»; 616-681, «Apéndices») ofrece el elenco más completo que conozco de las obras de CASTELAR, si bien indica que le ha sido imposible controlar todas las publicaciones periódicas con las que CASTELAR colaboró. Me he basado fundamentalmente en él, corrigiendo algún pequeño error y comentando brevemente el contenido relativo al mundo clásico de cada obra. Varias obras aparecerán en más de un apartado, ya que no son clasificables de forma estricta en uno solo. RUBIO (1934, 130) cita sólo *Lucano...* y «'Allianza (sic) heleno-latina', Porto 1886»; esta obra no he podido encontrarla ni la he visto citada en ningún otro lugar.

2.1. LIBROS

2.1.1. DE CONTENIDO HISTÓRICO

— *La fórmula del progreso*, Madrid, J. Casas y Díaz 1858. En las pp. 73-76 trata la negación por la sociedad antigua de la igualdad natural entre todos los hombres. En media p. 83 resume toda la historia de la filosofía griega.

— *La civilización en los cinco primeros siglos del cristianismo*, Madrid, Manuel Gómez Marín 1858, 1859 y 1862, 3 vols. Son lecciones pronunciadas en el Ateneo de Madrid.

— *Historia del movimiento republicano en Europa*, Madrid, Manuel Rodríguez 1873-74, 2 vols. Comienza en el siglo XVIII, pero el cap. CXIII y último, titulado «Conclusión» (vol. II, 741-752), ofrece una visión histórica global, refiriéndose a Grecia y Roma en las pp. 742-743.

— *La revolución religiosa. Obra filosófico-histórica en cuatro partes*, Barcelona, Montaner y Simón 1880-83, 4 vols. En el «Prólogo» (vol. I, pp. V-LXIV, esp. XXIV-XXXV) y el «Epílogo» ofrece un ensayo histórico sobre las religiones, que incluye a Grecia y Roma.

— *Galería histórica de mujeres célebres*, Madrid, Álvarez Hermanos 1886-89, 8 vols. Ensayos sobre mujeres de la historia (pero véase 2.1.2). Castelar quería que abarcara desde Eva hasta Isabel la Católica, pero la obra tuvo que concluir con la Virgen María²⁵. Precisaré su contenido en el apartado 3.3.

2.1.2. DE HISTORIA DE LA LITERATURA O CRÍTICA LITERARIA

— *Lucano, su vida, su genio, su poema*, Madrid, Marín y Laviña 1857. Folleto de 28 páginas que recoge el discurso (éste ocupa 26 páginas) pronunciado en la Universidad de Madrid con motivo de recibir la investidura de Doctor en la Facultad de Filosofía, sección de Literatura. Reeditado en *Lucano: La Farsalia*, versión castellana de D. Juan de Jáuregui, 2 vols., Madrid, Viuda de Hernando 1888 (Biblioteca Clásica, CXIII-CXIV); está en el vol. I, pp. V-XXXVII.

— *La civilización en los cinco primeros siglos del cristianismo*. Ya mencionada en 2.1.1. En «El arte clásico. Lección séptima», vol. I, pp. 277-340, Castelar dedica un amplio apartado a los principales poetas griegos y romanos.

— *Galería histórica de mujeres célebres*. Mencionada en 2.1.1, incluye algunos ensayos acerca de mujeres de la literatura o el mito.

2.1.3. OBRAS LITERARIAS

— *La redención del esclavo*, 4 vols., Madrid, A. de San Martín y Agustín Jubera 1859 (vols. I y II [1873²]) y 1875 (vols. III y IV).

²⁵ ESTEVE IBÁÑEZ (1990, 680) se equivoca al afirmar que Castelar trataba en esta obra «desde Eva hasta su tiempo».

- *El ocaso de la libertad. Obra literaria e histórica*, Madrid, Miguel Guijarro 1877.
- *Nerón. Estudio histórico*, 3 vols., Barcelona, Montaner y Simón 1891-93.

2.2. ARTÍCULOS²⁶

2.2.1. De contenido histórico

— «Una verdadera emperatriz. Estudio histórico», *La ilustración española y americana* (08-02-1882). Acerca de Livia, esposa de Augusto y madre de Tiberio. Retrato similar al de *Livia*, en *Galería histórica de mujeres célebres*, vol. VII.

— «Las *Filípicas* de Cicerón. Estudio histórico», *La ilustración española y americana* (15-02-1897). Ensayo histórico que elogia a Cicerón como político y orador. Muy relacionado en tono e ideas con *Fulvia*, en *Galería histórica de mujeres célebres*, vol. VII.

— «Los padres de Alejandro Magno. Estudios históricos», *La ilustración española y americana* (30-04-1897). Semblanza de Filipo y Olimpias y narración del asesinato de Filipo. Reelaboración de *Olimpias*, en *Galería histórica de mujeres célebres*, vol. V.

— «*Farsalia*. Estudio histórico», *La ilustración española y americana* (22-05-1897). Narración del conflicto entre César y Pompeyo. Castelar repite ideas ya expuestas en *Lucano* y otras obras.

— «Las Termópilas. Estudios de historia griega», *La ilustración española y americana* (30-06-1897). Narración de la hazaña de Leónidas y sus trescientos. Contenido muy similar al de *Gorgo y las mujeres dorias*, en *Galería histórica de mujeres célebres*, vol. IV.

— «La muerte de Cleopatra. Estudio histórico literario», *La ilustración española y americana* (08-03-1898). Narración de este hecho histórico, que repite ideas expuestas en *La redención del esclavo* (Parte 2.^a, Jornada 4.^a, en el vol. IV) y, sobre todo, *Cleopatra*, en *Galería histórica de mujeres célebres*, vol. VII.

2.2.2. DE CONTENIDO LITERARIO

— «Mantua y Virgilio», *El Globo* 0 («número-prospecto», 21-03-1875). Continuado los números y días: 2 (02-04, se publica otra vez el anterior a ruego de los sus-

²⁶ Para hacer esta selección me he valido de la utilísima lista de ESTEVE IBÁÑEZ (1990, 624-659, «Apéndice III. Prensa, artículos»). ESTEVE advierte (p. 624) de que la colección de *La Democracia* existente en la Hemeroteca Municipal de Madrid ha desaparecido completa, mientras que la de la Biblioteca Nacional carece de bastantes números. Existió una *Colección de artículos publicados en La Democracia por D. Emilio Castelar* (3 vols.), publicada en Madrid quizá en 1866, que al propio ESTEVE le ha sido imposible encontrar en las bibliotecas y archivos consultados. CASTELAR fue también autor de artículos sin firma (editoriales, crónicas...) que, al ser de contenido político y referirse a la actualidad, no creo que tengan importancia para el presente trabajo.

criptores nuevos), 3 (03-04), 4 (04-04), 6 (06-04), 9 (09-04). Elogio, en tonos a menudo lirizantes, del poeta (especialmente como cantor de la naturaleza) y de la ciudad que lo vio nacer, incluyendo la impresión personal que ésta causó a Castelar cuando la visitó.

— «La serpiente del Nilo. Diálogos romanos» *El Globo* 18 (18-04-1875). Continuado los números y días: 19 (19-04), 24 (24-04), 27 (27-04), 29 (29-04), 31 (01-05), 39 (09-05), 41 (11-05), 43 (13-05), 46 (16-05), 49 (19-05), 56 (26-05), 60 (30-05), 63 (02-06), 64 (03-06), 65 (04-06). El título tiene doble sentido, en referencia al áspid con la que Cleopatra se suicidó, pero también a la propia reina. Es la reproducción literal del final de su diálogo dramatizado *La redención del esclavo* (Parte 2.^a, Jornada 4.^a, en el vol. IV; véase 2.1.3), obra del mismo año (los vols. III y IV). Es de suponer que el texto apareció primero como artículo, y después contribuyó a incrementar la 2.^a edición de esta obra.

— «Los dioses antiguos y el trabajo moderno. Imitación de Luciano», *La ilustración española y americana* (30-08-1882). Diálogo entre los dioses del Olimpo, preocupados porque «el trabajo quiere elevarse al lugar que ocupaba la divinidad». Reitera la idea expuesta por extenso en *La redención del esclavo*.

— «Apólogos helénicos», *La ilustración española y americana* (30-05-1883). Narración en tono lírico de varios mitos griegos.

— «El Helenismo», *La ilustración española y americana* (08-03-1897). Retrato literario de Helena, con referencias al personaje en varias obras literarias, y atención especial a la tragedia de Eurípides que lleva su título. Castelar comienza elogiando fervorosamente al helenismo, y afirma: «Y tal nombre dimana de una mujer como Helena».

— «Hero y Leandro. Estudio literario y artístico», *La ilustración española y americana* (08-12-1897). Narración y comentario del mito. Estrecha relación con *Hero*, en *Galería histórica de mujeres célebres*, vol. V.

3. ESTUDIO DE LAS OBRAS DE ASUNTO GRECOLATINO

El siguiente estudio se refiere a obras individuales de temática grecolatina, sin incluir aquellas que sólo contienen alusiones ocasionales, así como tampoco los artículos de periódico, puesto que ello alargaría excesivamente el presente trabajo sin modificar en esencia sus conclusiones. Aunque intentaré no excederme, considero necesario describir con cierto pormenor el contenido de estas obras, ya que son muy poco conocidas en la actualidad, y me temo que nada leídas. Por otra parte, y con una excepción, no existen sobre ellas estudios concretos que, sirviendo como apoyo, me permitan ser más conciso.

3.1. LUCANO: SU VIDA, SU GENIO, SU POEMA

El discurso pronunciado por Castelar con motivo de su investidura como doctor es tal vez dentro de su producción la obra más filológica. Se trata de un opúsculo de 26 páginas (de la 3 a la 28) que analiza de manera general la figura de Lucano y su

poema *La Pharsalia* (*sic*). Como sucede con otras obras de Castelar, ésta carece de una estructura clara, ya que el autor escribe básicamente mediante asociación de ideas. No obstante, cabe distinguir las siguientes partes:

a) Pp. 3-4: Introducción. Roma como última gran civilización, síntesis del Oriente y Grecia. Los patricios representan lo oriental, el sacerdocio y el gobierno; los plebeyos son manifestación de las ideas, de raigambre griega, y de la igualdad política y civil.

b) Pp. 5-9. Vida de Lucano. Incluye un excursus sobre Nerón. Defiende a Lucano de la acusación hecha por Tácito de que pretendió salvar su vida deshonorosamente, una vez fracasada la conspiración de Pisón contra Nerón.

c) Pp. 9-12. El genio de Lucano. Fue un hombre de genio que vivió en una época poco feliz para el genio. La pregunta de si es un poema la *Farsalia*, dado su argumento histórico, lo lleva a plantearse qué es la épica.

d) Pp. 13-27. El poema de Lucano. Vayamos aquí por partes.

La poesía épica tiene tres momentos. En el primero, que precedió a Homero, los cantos eran cantos de dioses, sus actores eran los dioses. El segundo es heroico, coincide con Homero y el protagonista es el hombre. El sacerdocio es reemplazado por la monarquía. El tercer periodo es de carácter humano. Lucano representa esta fase. Pero ésta ya no es propicia para la épica: el contenido histórico ha eliminado el brillo que recubre al héroe divino. La historia es la musa de la *Farsalia*. Estas épocas no son independientes, sino que cada una procede de la anterior.

El núcleo de este apartado estudia a Lucano como representante de su siglo, cosa que el poeta hace en una triple vertiente, ya que presenta la idea religiosa, política y filosófica de su época. La religiosa: Lucano no presenta a los dioses en su poema porque esos dioses, los dioses de Grecia, habían muerto ya, y Roma no tiene fe; Lucano no busca la ayuda de Júpiter, ya que comprueba que un hombre, César, recibe los honores reservados a los dioses. En filosofía, Lucano se hace eco del estoicismo que dominaba a Roma, personificando esa idea en Catón, el personaje más importante del poema tras César y Pompeyo. La idea política, por último, se resume en la siguiente frase (p. 18): «Es el combate del genio exclusivo de Roma personificado en Pompeyo con el genio expansivo de la humanidad personificado en César». El resto del opúsculo profundiza en esta interpretación. Pompeyo representa la conservación de la república patrocinada por los patricios frente a la revolución social impulsada por los plebeyos y simbolizada por César. Así, para Lucano el primero es sinónimo de libertad, el segundo de despotismo.

El personaje de Cornelia, esposa de Pompeyo, da lugar a un excursus sobre la mujer²⁷, y el vaticinio de la pérdida de libertad realizado por Lucano da pie a otro acerca de la capacidad profética de los poetas. Castelar retoma el hilo para glosar cómo la mejor prueba de la revolución que minaba el mundo antiguo es el hecho de que Lucano pinte la naturaleza independientemente del ser humano. Esto da pie a una brevísima consideración final sobre el mérito artístico del poema, que es irrefutable porque así lo han estimado todos los críticos.

²⁷ CASTELAR le dedicó un ensayo en *Galería histórica de mujeres célebres*; véase 3.3.

e) Pp. 27-28. A modo de final, elogio lírico de Lucano, «un genio que es eminentemente nacional», es decir, español.

Hay dos características de esta obra que son de gran interés a la hora de juzgarla. La primera la iguala a otras obras de Castelar, la segunda la singulariza en cierto modo. Está claro, en primer lugar, que los intereses de Castelar eran de tipo histórico. Su análisis del poema de Lucano deviene análisis histórico, la *Farsalia* es para él un documento de su época más que una obra de arte²⁸. Es más, según declara explícitamente, el contenido histórico del poema, lejos de ser un defecto, constituye un indudable mérito: «La *Pharsalia*, pues, había escogido el más bello y más grande de los argumentos posibles» (p. 20). Lucano es, por lo tanto, el representante de una época, de ahí el valor de su obra²⁹. Esto no quiere decir que el poema no contenga bellos rasgos, afirma Castelar, pero admite que contarlos «es empresa superior a mis fuerzas» (pp. 26-27). Está claro que los valores literarios eran para Castelar secundarios respecto de los históricos.

La característica singular de esta obra está clara: es la única que se puede considerar en sentido estricto filológica, es decir, científica. Sólo en *Lucano...* incluye Castelar referencias a pasajes de la obra que está estudiando, así como de otras fuentes antiguas, y sólo en ella utiliza bibliografía, que aparece citada en notas a pie de página. Pese a que no hay verdadera discusión científica de los problemas, y que el opúsculo discurre siempre en el tono ensayístico y retórico tan propio de Castelar, creo que puede hablarse de obra filológica, ya que hay en ella un aparato filológico que acompaña al consabido ensayo³⁰. El lugar y el momento para los que escribió esta obra fueron verosímelmente las razones por las cuales su autor adoptó un método más académico que el utilizado para otras obras suyas. Esto no es óbice para que el estilo tan característico de Castelar aparezca aquí también; al fin y al cabo, el opúsculo sobre Lucano es un discurso. Y si no lo hubiera sido, la variación no habría sido grande, ya que casi todo lo que escribe Castelar tiene algo de discurso.

3.2. LA CIVILIZACIÓN EN LOS CINCO PRIMEROS SIGLOS DEL CRISTIANISMO

Los tres volúmenes de esta obra recogen las lecciones que, a partir de noviembre de 1857, y hasta 1862³¹, impartió el reciente catedrático y flamante doctor en el Ate-

²⁸ Véase el artículo mencionado en 2.2.1.

²⁹ Es idea muy arraigada en CASTELAR la de que la grandeza de los poetas reside en haber sido fieles al espíritu de su siglo: *La civilización en los cinco primeros siglos del cristianismo*, vol. I, p. 339.

³⁰ Cuando se desciende al dato, el rigor de CASTELAR queda en entredicho. En la p. 27, n. 3, da la lista de las obras perdidas de Lucano, entre las que incluye *Catascomon* e *Hippamata* (por lo que se desprende de la propia nota, CASTELAR habría tomado el dato de la edición de LEMAIRE, de 1830). Dado que no conocemos obras con estos títulos (véase, por ejemplo, ALBRECHT 1999, vol. II, 843, n. 1), y que, por otro lado, CASTELAR no menciona *Catachtonion* ni los epigramas (*Epigrammata*), sugiero la hipótesis de que aquellas obras sean en realidad éstas dos, con el título desfigurado por error. Si esto es así, quizá no haya que atribuir el error a CASTELAR, sino a su secretario o al tipógrafo.

³¹ Según VILCHES GARCÍA (2001, 310). Parece que los tres volúmenes recogen los ciclos de conferencias correspondientes a tres cursos, pero no se especifica cuáles dentro de ese periodo de cinco años.

neo de Madrid. Pese a que es una obra de juventud, resulta capital para entender la visión que Castelar tenía del mundo antiguo, ya que, a mi entender, su concepción de Grecia y Roma no cambió sustancialmente con el paso del tiempo. Expuesto lección por lección, el contenido de la obra es el siguiente:

Vol. I: Lección I. *Introducción*. II. *La civilización romana*. III. *Aparición del cristianismo*. IV. *El imperio romano*. V. *El cristianismo y el oriente*. VI. *La filosofía griega*. VII. *El arte clásico*. VIII. *El paganismo*. IX. *El cristianismo y el Imperio*.

Vol. II: Lección I. *Introducción*. II. *El Imperio desde Galba hasta Trajano*. III. *El mundo romano*. IV. *El cristianismo en el siglo primero*. V. *Ídem (continuación)*. VI. *El gnosticismo*. VII. *Epilogo*. Resumen de las ideas capitales contenidas en las seis lecciones precedentes.

Vol. III: Lección I. *Introducción*. II. *Los estoicos, los Padres Apostólicos, los Apologistas*. III. *Decadencia del Imperio y progresos del cristianismo*. IV. *La filosofía alejandrina*. V. *El cristianismo en el siglo III*. VI. *Los perseguidores y los perseguidos*. VII. *El siglo IV*.

Estamos ante un estudio histórico del mundo grecorromano, aproximadamente desde la aparición del cristianismo. Ahora bien, Castelar entendía que la historia debe tener en cuenta todas las manifestaciones propias de una civilización, por lo que en su obra incluyó aspectos artísticos y literarios, filosóficos y religiosos, que superan los límites temporales fijados en un principio. Aquí me limitaré a analizar la lección VII del volumen I, *El arte clásico*, ya que es en ella, concretamente en las páginas 305-337, donde Castelar hace comentarios amplios y hasta cierto punto sistemáticos sobre los autores y obras más importantes de la literatura grecolatina.

Para Castelar, el arte es «la creación del hombre, así como la naturaleza es la creación de Dios» (vol. I, p. 278). En las obras de arte deposita el hombre lo más subjetivo e íntimo de su ser, por lo cual «la sociedad en su literatura deja los pensamientos más hondos, más secretos, los tesoros más verdaderos de su vida». Podemos conocer a Grecia sin Platón, pero no sin Homero (p. 284). Y es que la poesía es síntesis de todas las artes; mientras que la arquitectura, pintura o escultura son inmóviles y expresan siempre una misma idea, siendo su esencia la misma a lo largo de los siglos, la «divina poesía» expresa «el movimiento, la vida, la multiplicidad de ideas, el reunir y armonizar el espíritu con la naturaleza» (p. 306).

Lo que Castelar opina acerca de la relación entre la poesía griega y la romana no dista del criterio común, al menos del imperante en su época: se trata de una misma poesía, Grecia y Roma son «las dos fases de un mismo espíritu» (p. 305). La concepción es hegeliana: el espíritu, en su fluir a lo largo de la historia, se ha manifestado en ambas literaturas³². Esto no significa que no haya diferencias entre una y otra, ya que «la poesía griega es más graciosa, más bella, es la unión del hombre con la naturaleza; la poesía romana es más solemne, más grave, más sublime, como que tiene la conciencia de ser el arte de todo el mundo, y el presentimiento de que va a recibir en su seno el espíritu de Dios» (p. 306).

³² Sobre la influencia de HEGEL en CASTELAR, véase 5.1.

En su ensayo acerca de la literatura grecolatina, por lo tanto, Castelar no se ocupa de la prosa, sino sólo de la poesía³³. Analiza ésta por géneros, entendiendo su evolución, al igual que hace con los periodos de la historia y con las civilizaciones, en términos hegelianos: a un género que actúa como tesis le sucede otro que es su antítesis, para desembocar en un tercero que es la síntesis de los anteriores, es decir, que los supera conservando su esencia.

El primer género es la poesía lírica (pp. 307-312)³⁴, poesía eminentemente subjetiva, «reflejo del mundo, del hombre, de Dios en el alma del individuo» (p. 307). Castelar se fija en tres poetas, Píndaro, Ovidio y Horacio³⁵. El primero, dorio, aristócrata, con sus poemas en honor de los vencedores en los juegos, «manifiesta la exaltación, la apoteosis, el apogeo del paganismo» (p. 309). En Ovidio, en cambio, se ve sólo la muerte del paganismo (p. 310), en tanto que en Horacio, «el más grande de los poetas líricos», se aprecia una profunda tristeza, más profética aún que la de Virgilio, ya que Horacio «quiere resucitar el heroísmo histórico, el heroísmo patrio, y comprende que hay otro heroísmo más alto, el heroísmo del sufrimiento, del dolor moral» (p. 310). Como creo que ha podido apreciarse, Castelar no se preocupa apenas de los aspectos puramente literarios, así como tampoco se plantea cuestiones filológicas. Para él, los poetas son testimonio de una época o, mejor aún, de la mentalidad de un pueblo o del «espíritu» de una civilización. Es el espíritu, en efecto, que vive en la historia y que tiene una «necesidad vivísima» de «salir fuera de sí, de realizarse en el arte» (p. 312)³⁶. Ésta es la verdadera causa, la permanente, del poema lírico.

Así como la poesía lírica era vehículo de la subjetividad, la épica presenta «lo objetivo, el hombre colectivo, la sociedad», en ella la individualidad del poeta se diluye en su obra. Mientras que la primera es el alma del hombre, la segunda «es el alma del pueblo, de la nación» (pp. 312-313). Pero sólo cuando un pueblo ha alcanzado su mayoría de edad y es libre, tras triunfar de sus enemigos, es decir, «cuando posee una historia», pueden darse las circunstancias para que se cree el poema épico (p. 313)³⁷. La épica ha tenido tres momentos, según Castelar: primero fue divina en Oriente; después, semidivina y semiheroica en Homero, así como semiheroica y semihumana en Virgilio; por último, «completamente humana en el español Lucano» (p. 313). Oriente es la naturaleza, mientras que Grecia es la exaltación del hombre. El triunfo de Grecia sobre Oriente lo encontramos en las figuras de Aquiles y Héctor, ya que el primero mata al segundo y lo arrastra siete veces en torno a Troya, «simbolizando eternamente el triunfo del espíritu sobre la materia, del hombre sobre la naturaleza» (p. 314)³⁸. Con el poema de Virgilio se realiza, una vez más, la síntesis, ya que en él se

³³ Es curioso que el gran orador no haya estudiado a los grandes oradores del mundo clásico. Esto no significa necesariamente que no fueran modelos para él.

³⁴ Sorprende que estudie la poesía lírica antes que la épica, ya que Homero es anterior a la lírica.

³⁵ También habla de Orfeo, ejemplo de cantor mítico y «símbolo del tránsito del Oriente a Grecia» (p. 308).

³⁶ El concepto es de clara raigambre hegeliana: véase 5.1.

³⁷ Quizá CASTELAR pensaba en Virgilio más que en Homero, ya que los poemas homéricos son anteriores a la lucha de los griegos contra el enemigo persa.

³⁸ En realidad, Aquiles arrastra el cadáver hacia las naves de los aqueos (*Il.* 22. 464-465) y después lo arrastra tres veces en torno al túmulo de Patroclo (24. 16). Cuando entra en pormenores, CASTELAR comete a veces errores por falta de comprobación.

unen Occidente y Oriente, es «el gran epitalamio de la unión de estas dos almas en el seno inmenso de la ciudad eterna» (p. 314). Castelar habla después de poetas que han creado «composiciones más o menos análogas al poema épico». Son éstos Hesiodo, Lucrecio, Teócrito y Virgilio (pp. 315-318). La explicación se basa de nuevo en conceptos hegelianos: mientras que en Hesiodo el pensamiento del hombre aparece dominado aún por el enorme peso de la naturaleza, y en Lucrecio es el pensamiento el que domina a la naturaleza, en Teócrito y Virgilio, ambos «se pierden y se identifican en un ósculo de amor». Vemos de nuevo cómo en Castelar todo se explica en términos triádicos, desembocando en una síntesis.

El esquema, no podía ser de otra forma, se repite en un nivel más amplio, aplicado esta vez a la evolución de los géneros literarios. La lírica supone subjetividad (tesis), mientras que la épica es objetiva (antítesis). La síntesis, obviamente, la encontramos en el drama, que constituye la unión del género subjetivo y del objetivo en un género literario nuevo. El juicio de Castelar sobre la tragedia griega es entusiasta: «Yo no conozco nada en la historia del arte más grande que la tragedia griega» (p. 318). Conocemos ya a Castelar lo suficiente como para que estas palabras no nos sorprendan. En efecto, este género literario pone ante los ojos del espectador o lector los grandes asuntos, le plantea conflictos de ideas universales e intemporales. Castelar, no podía ser de otro modo, se siente subyugado por la lucha del héroe trágico contra el destino, por el debatirse del hombre enfrentado a las «leyes generales de la naturaleza» o «las leyes generales de la conciencia». De hecho, el análisis que Castelar hace de la antigüedad, en general, y de la literatura clásica grecolatina, en particular, pretende por encima de todo encontrar las leyes generales que expliquen la evolución de los periodos históricos y de los géneros literarios.

Al efecto indicado, los trágicos griegos proporcionan multitud de ejemplos inmortales. Al hablar de Esquilo, Castelar dedica no poco espacio a la *Orestía*, ya que es paradigma de las principales características que él ve en este trágico (pp. 319-320). Sin embargo, es significativo que dedique mayor espacio aún a una tragedia sola, el *Prometeo encadenado* (pp. 320-322). Es obvio que Castelar veía representada en la figura del Titán³⁹ la libertad de la razón frente al despotismo teocrático. Frente al «tirano Júpiter», Prometeo había hecho la felicidad de los hombres y esclarecido su conciencia, lo que le había costado el castigo. Castelar, precursor una vez más, era así capaz de encontrar en esta tragedia el sentido profundo que un siglo después emergería con fuerza, cuando fue prohibida en Grecia durante la dictadura de los coroneles por considerarse que llevaba implícito un mensaje de rebelión contra el despotismo.

De Sófocles menciona Castelar a los que quizá son sus personajes más inmortales, Edipo y Antígona (pp. 322-325). La razones no son estéticas, sino espirituales. En efecto, el primero representa la victoria del hombre sobre el destino, porque en el *Edipo en Colono* «se ve la redención por el dolor, presentimiento cristiano en que no han insistido los trágicos modernos», mientras que Antígona es una «mujer divina» que, después de dar la felicidad por su padre, «da la vida por su hermano». El argumento

³⁹ Él lo llama «hombre» (p. 321) y «el profeta, el sabio» (p. 322).

ético sigue, por lo tanto, marcando el norte de los intereses de Castelar, y así será siempre. El *Edipo en Colono* es, en consecuencia, la gran obra de Sófocles, afirma.

La tríada de poetas trágicos griegos, que se cierra con Eurípides, le proporciona a Castelar una oportunidad no desaprovechada para elaborar una de sus interpretaciones evolutivas trimembres (p. 326)⁴⁰. Mientras que Esquilo es el poeta divino, Sófocles lo es de la humanidad, ya que sus personajes son «grandes símbolos morales»; Eurípides, en cambio, es el poeta de la realidad: «sus personajes, en mi sentir, tienen demasiado sobre sí los átomos del polvo de la tierra» (la cursiva es mía). Castelar considera a Eurípides demasiado apegado a la realidad, demasiado ausente del gran debate de ideas, de ahí su menor interés por él. Parece que no fue capaz de ver, o tal vez no le interesó, ya que no hace referencia a él, el debate filosófico y cultural de fondo que se produce en la Atenas de la segunda mitad del siglo V a.C. entre tradición e ideas nuevas y del que se hallan claras huellas en la obra de Eurípides.

Finalmente, el hecho de que no hayan llegado hasta nosotros tragedias completas en latín queda resuelto con una de las grandes frases que, sin demasiado rigor literario, pero con sonoridad incontestable, suele emplear Castelar: «Roma no conoció la tragedia, ni la necesita (...). La tragedia de Roma es su historia» (p. 329).

Al llegar a la comedia (pp. 329-334), se aprecia que Castelar no se encuentra en su elemento. En la tragedia, el hombre luchaba contra las leyes generales del destino, mientras que en la comedia antigua se limita a luchar contra lo particular. Al igual que en los tiempos que corren lo es la prensa, entonces era la comedia una especie de juicio público. Esta idea le da pie a Castelar para referirse al juicio de Sócrates⁴¹, mencionando la influencia que en su lamentable desenlace pudo tener Aristófanes con su comedia *Las nubes*, que tanto ayuda a distorsionar la figura de Sócrates porque lo identifica con los aborrecidos sofistas. El lector podría esperar una defensa apasionada del filósofo acompañada tal vez del consiguiente ataque contra el comediógrafo, pero no es así. Castelar no oculta sus simpatías por Sócrates, pero actúan su sentido de la justicia y su imparcialidad, que en él son innatos: «si a la luz de la razón universal [Aristófanes] es culpable, a la luz de las ideas de su tiempo, al condenar a Sócrates, condenaba la eterna verdad, pero defendía la fe de su pueblo». En la adopción de la perspectiva histórica adecuada se conoce al historiador.

La comedia romana (pp. 334-335) no era posible, en cambio, ya que Roma «no podía consentir que sus grandes repúblicos fueran ridiculizados en el teatro». El análisis no va más allá. En una nueva contraposición, carente esta vez de un tercer término que sirva de síntesis, afirma que Plauto representa al pueblo y Terencio a la aristocracia. No mucho más, en resumen. El apego a lo cotidiano no va con los gustos estéticos de Castelar: «el arte, la poesía deben contemplar lo eterno, lo esencial, lo que está más allá del espacio y dura más que el tiempo, la idea, sí, la idea incondicional y absoluta». La filosofía de Hegel está de nuevo muy presente en estas palabras.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 326. El espacio dedicado a Eurípides es claramente inferior, sin duda porque CASTELAR no encuentra en él debates de ideas a la altura de los de Esquilo y Sófocles. Cree que el gran tipo de Eurípides es Medea.

⁴¹ Con desliz incluido, ya que adjudica el juicio al Areópago (p. 332).

El último género estudiado por Castelar es la sátira. No le dedica mucho espacio (pp. 335-336), ya que su opinión de ella es un tanto negativa. Y es que, para Castelar, la sátira dicta su sentencia de muerte a la poesía clásica. Ésta tenía como ley la armonía entre forma y fondo, así como entre el espíritu y la naturaleza. La sátira rompe esta armonía y acaba con la poesía clásica. Ahora bien, al mismo tiempo es creadora, ya que prepara así el tránsito del mundo antiguo al mundo moderno, del arte clásico al arte cristiano. Se cumple de esta manera, una vez más, la gran ley, de raíz genuinamente hegeliana, que el propio Castelar declara explícitamente: «Nunca se descompone en la conciencia y en la historia una idea, que no produzca otra idea» (p. 336).

El estudio llega a la síntesis final (pp. 337-339). Grecia significa la armonía: entre los dioses y los hombres, entre la moral y la conciencia, entre las leyes y la religión, entre el Estado y el ciudadano, entre el espíritu y el cuerpo. Roma es heredera de Grecia, pero con Roma se rompe esta armonía, ya que el espíritu romano se hace universal y humanitario. De esta manera, presiente la venida del cristianismo. Hablando en términos artístico-literarios, en Oriente el espíritu está sometido a la forma, mientras que en el arte clásico se identifican la forma y el espíritu. Será el arte cristiano el que someterá la forma al espíritu⁴². Por lo tanto, en Asia es el ideal la naturaleza, en Grecia el hombre, en el mundo moderno Dios.

3.3. GALERÍA HISTÓRICA DE MUJERES CÉLEBRES

No se ha señalado hasta ahora (Castelar no lo revela), pero es muy probable que nuestro autor, cuando ideó esta obra, se inspirara en un libro aparecido en Francia años atrás, libro que debió de alcanzar considerable éxito, ya que se tradujo por lo menos al español y de esta traducción se hicieron tres ediciones. Su título en castellano es *Galería histórica de las mugeres más célebres en todas épocas y países*⁴³, y consta de diecisiete ensayos, de diferentes autores, sobre mujeres que alcanzaron la celebridad. Además de que su título es casi idéntico al de la obra de Castelar, el libro incluye ensayos sobre Aspasia (obra de E. D'Araquy), Lucrecia, Cleopatra y Safo (los tres de Alejandro Dumas), mujeres a las que también Castelar dedica un capítulo de su obra⁴⁴. Los capítulos referentes a Grecia y Roma ocupan cuatro volúmenes completos⁴⁵: IV, *Ceres, Dafne, Helena, Medea, Gorgo y las mujeres dorias, Atossa, Safo*; V, *Hero, Aspasia, Lysístrata, Olimpias, Dido, Egeria, Lucrecia, Virginia*; VI, *Veturia, Vesta, Cornelia, Porcia*; VII, *Fulvia, Cleopatra, Julia, Livia*. No analizaré de forma individual cada ensayo, ya que ello alargaría en exceso este

⁴² CASTELAR identifica aquí forma con naturaleza (p. 339).

⁴³ París, Librería de Rosa y Bouret, 1870³.

⁴⁴ Hay también un ensayo sobre Isabel la Católica, obra de Augusto de GENRUPT. CASTELAR quería que su obra llegara hasta esta reina, lo que no fue posible por motivos editoriales.

⁴⁵ Además, en el vol. I, dedicado por completo a prólogo, CASTELAR se extiende en consideraciones (pp. 202-318, final del vol.) acerca de diversas mujeres griegas y romanas; algunas de ellas (Penélope, Nausícaa, Antígona...) no merecen después un capítulo individual. Los vols. II y III tratan de mujeres de la Biblia y de civilizaciones orientales.

artículo, sino que trataré de extraer algunas ideas generales que den cuenta suficiente del carácter de la obra, especialmente en lo que se refiere a los personajes literarios o mitológicos⁴⁶.

Una pregunta, para empezar: ¿por qué mujeres? En pleno siglo XIX casi nadie se habría atrevido a negar que son los hombres quienes hacen la historia, y no hay indicios de que Castelar fuera un precursor del feminismo. La respuesta puede estar en la idolatría que Castelar, hombre que vivió entre mujeres, sentía por la mujer en general. Una cita puede ser suficiente⁴⁷: «El hombre ama a la mujer, porque el alma de la mujer tiene todo aquello que falta en el alma del hombre, desde la sensibilidad exquisita, llevada a la delicadeza y a la ternura, hasta la imaginación exaltada, llevada a presentir, a profetizar; como que la mujer es y será perpetuamente la sibila de la naturaleza, la musa del arte, la diosa del hogar». Es decir, la mujer es sublime, aunque complementaria del hombre. Por eso las mujeres célebres merecen que les sean dedicados ensayos históricos, si bien el protagonismo de éstos, es decir, el protagonismo en términos históricos, corresponde en realidad a una civilización, a una época o, incluso, a un hombre, como después veremos.

Puede apreciarse, en primer lugar, que la selección de personajes incluye los históricos, los mítico-literarios y los que pertenecen, por así decir, al ámbito de la historia legendaria. Pero lo cierto es que, en esta obra y en otras, Castelar trata a todos estos tipos de personajes de manera esencialmente semejante. Y es que Castelar participa de la idea romántica consistente en que los personajes legendarios son de algún modo portadores de la mentalidad (del «espíritu» o la «idea», diría él) del pueblo que los creó, así como testimonio de su época. Citemos sus palabras con respecto a Egeria, la ninfa que inspiró a Numa Pompilio y que fue esposa suya, según la leyenda (vol. V, pp. 315-316):

«Por consecuencia, toda la realidad histórica, de que despoja el análisis moderno a Egeria, se compensa, y aun crece, con la realidad ideal, pero efectiva y poderosa, que consiguen a una todos estos extraordinarios personajes históricos elevados a sombras de una civilización y de una edad».

En otras palabras, la realidad ideal es válida para el análisis historiográfico, y resulta tan reveladora como la realidad histórica, incluso más que ésta.

El mito también es válido, por lo tanto, para conocer la historia. Ceres (vol. IV) inaugura la parte de la obra dedicada a Grecia porque es la diosa que representa mejor el culto primitivo de los griegos, el culto de la naturaleza propio de los pueblos agrícolas y pastores. Ceres es ejemplo de la «natural alegoría contenida en todos estos hermosos mitos helenos»⁴⁸.

⁴⁶ Al ensayo sobre Safo (vol. IV, pp. 371-399), de gran interés para conocer cómo fue la recepción de esta poetisa en el siglo XIX español, espero dedicarle un artículo aparte.

⁴⁷ Es uno de los «Pensamientos de Castelar» que recoge ALBEROLA (1950, 205-221; está en la p. 217).

⁴⁸ Vol. IV, p. 24. Con respecto al mito, interesa destacar que CASTELAR conocía la obra de G.F. CREUZER y F. MAX MÜLLER (en este caso el conocimiento era mutuo, véase n. 2), a quienes menciona en p. 45.

Otra característica destacable de *Galería...* es que cada mujer se convierte de hecho en un pretexto para disertar sobre una época (Egeria y Lucrecia⁴⁹, la monarquía en Roma) o bien un pueblo o civilización (Dido, los fenicios)⁵⁰. Otras veces son objeto de la disertación las relaciones entre patricios y plebeyos (Virginia)⁵¹, la familia en Roma (Lucrecia), la religión en Roma (Vesta), un poema eximio como la *Eneida* (Dido), un género como la tragedia (Medea), o una tragedia en concreto (Atosa)⁵². Quizá el ejemplo más claro es Helena, cuyo capítulo aprovecha Castelar para contar toda la historia de Troya, con sus precedentes (Tetis y Peleo, la manzana de la discordia, Helena y Paris, los antecedentes biográficos de los héroes), un resumen de la *Iliada* y los posthoméricos, más el canto II de la *Eneida*. Pero muchos ensayos sobre mujeres se convierten de hecho en ensayos sobre un gran personaje de la historia, obviamente del sexo masculino: Olimpias es madre de Alejandro; Gorgo, esposa de Leónidas, Veturia, madre de Coriolano; Cornelia, madre de los Gracos; Porcia, hija de Catón de Útica (y esposa de Bruto, aunque éste es personaje secundario); Fulvia, esposa de Antonio; Julia y Livia, hija y esposa de Augusto. Es normal que haya casos en que se mezcla la descripción de personajes históricos con la narración de toda una época: Porcia sirve para describir el ascenso y caída de César; Julia y Livia son testimonio del reinado de Augusto, entendido por Castelar como tiranía.

No quiere decir esto que la mujer fuera un mero pretexto para Castelar. No olvidemos que por motivos económicos tenía que escribir muchas páginas, y que limitarse estrictamente en cada ensayo a la mujer que le da título habría reducido muchísimo la extensión de la obra⁵³. Creo, por el contrario, que sentía un interés genuino por la mujer, interés reflejado en toda la obra, pero sobre todo en los capítulos dedicados a Aspasia (vol. V, pp. 37-108) y a Lisístrata (vol. V, pp. 109-142), dirigidos a ilustrar la condición de la mujer en la Atenas clásica⁵⁴. Después los verdaderos protagonistas son Pericles y Aristófanes, respectivamente, pero hay frases que, dentro de las limitaciones impuestas por la mentalidad de la época, muestran una intención honrada por valorar a la mujer: «Lisístrata representa y personifica todo cuanto podrían emprender y todo cuanto podrían allegar las mujeres, ejerciendo en las sociedades humanas el influjo que por su naturaleza y por su posición les corresponde» (p. 124). En ésta como en otras cosas, Castelar iba por delante de su tiempo.

⁴⁹ Matrona romana que, violada por Sexto Tarquinio (hijo de Tarquinio el Soberbio), se suicidó; esto fue el principio del fin de la monarquía en Roma.

⁵⁰ Dido representa la raza semíticofenicia, Eneas la iraniohelénica: Virgilio, por una de esas intuiciones propias de todo genio, expone las contradicciones de ambas razas (pp. 253-254). El poeta romano canta la rivalidad entre Europa y África, así como Homero la de Europa y Asia (p. 301).

⁵¹ Joven plebeya de quien se enamora Apio Claudio, que intenta hacerla suya «legalmente», pero su padre, el centurión Virgino, la mata. Este suceso da origen a una revolución.

⁵² Personaje de *Los persas* de Esquilo, esposa de Darío y madre de Jerjes.

⁵³ «Glorioso jornalero de la pluma» lo llamó AZORÍN (1958³, 117; dedica las pp. 114-117 a glosar el ímprobo trabajo escritor de Castelar y sus desvelos por ganar el dinero necesario).

⁵⁴ Asimismo, el análisis es esencialmente acertado. CASTELAR ve clara la segregación a que estaba sometida la mujer ateniense, recluida en el hogar: «El gineceo (...) parecíase mucho, en lo cerrado y recatadísimo, al harén oriental» (p. 38). La diferencia es que había una mujer y no muchas. Otras páginas interesantes sobre la condición de la mujer griega se incluyen en *Safo* (vol. IV, pp. 371-399).

Galería histórica de mujeres célebres es un ejemplo como pocos de la necesidad que tenía Castelar de publicar, ya que de ello dependía en gran parte su economía. Ésta es la principal razón de la gran extensión de la obra, que, si hubiera llegado a la meta cronológica prevista (Isabel la Católica), habría necesitado quizá el doble de los ocho volúmenes publicados, ya que el último de éstos se dedica a la Virgen María. Nos encontramos, por lo tanto, ante una amplia miscelánea de personajes, épocas y hechos históricos que, aunque sigue un orden cronológico, alberga de forma un tanto asistemática ideas y disquisiciones muy variadas, ya que el texto está perlado de digresiones, a veces muy amplias. Hay, por lo tanto, mucho contenido de escaso interés, pero esto no significa que no haya pasajes afortunados e ideas dignas de ser recordadas. Así las hermosas páginas de elogio a Atenas (en *Aspasia*, vol. V, pp. 103-108), dignas de mención a pesar de extensas y recargadas. O la muy sugerente interpretación de Helena como personaje ambivalente, que aúna culpabilidad e inocencia, mezcla que constituye el verdadero secreto de su grandeza en la literatura y su esplendor en las artes (en *Helena*, vol. IV, p. 133).

En cuanto a las fuentes, creo que la principal es las *Vidas paralelas* de Plutarco, obra que ya había sido vertida entera al castellano por Ranz Romanillos (sobre este helenista que vive entre el XVIII y el XIX, cf. Pérez-Rioja, 1962). Se ha podido apreciar que casi todas las mujeres de *Galería*... se caracterizan por mantener relación estrecha con grandes hombres de la antigüedad. Pues bien, muchos de los hombres que aparecen en esta obra de Castelar son también protagonistas de biografías en la famosa obra plutarquea: así ocurre con Pericles (*Aspasia*), Alejandro (*Olimpias*), Numa Pompilio (*Egeria*), Coriolano (*Veturia*), los Gracos (*Cornelia*), Catón de Útica (*Porcia*), Antonio (*Fulvia y Cleopatra*) y César (*Cleopatra*). No obstante, Castelar conoce y usa a otros historiadores, como Apiano, Casio Dion o Dionisio de Halicarnaso, mencionados ocasionalmente por él mismo (sin especificar, conforme a su hábito, en qué obras y pasajes se basa). Tácito y Suetonio, que son sus fuentes habituales para la Roma imperial, resultan aquí la base de los ensayos dedicados a Julia y Livia. Es lógico que Castelar, para quien la Historia es en gran medida historia de los grandes hombres, conociera a fondo la obra del biógrafo de Queronea y la usara como base de una obra también biográfica (de ensayismo biográfico, diré mejor) como es *Galería histórica de mujeres célebres*.

4. ESTUDIO DE LAS OBRAS DE CARÁCTER LITERARIO

Considero que no soy el más indicado para llevar a cabo la labor pendiente de estudiar la obra literaria de Castelar, ni tampoco es éste el lugar adecuado⁵⁵. Por eso, me

⁵⁵ Una obra como ésta, además de examinar de modo exhaustivo la obra narrativa de CASTELAR, debería analizar hasta qué punto la retórica castelariana influyó en la lengua literaria de la época, así como dar cuenta de cuáles eran las ideas literarias del prócer y las influencias que recibió. RUBIO CREMADES (2001, 175-183) sitúa un tanto superficialmente la obra literaria de CASTELAR en su época, concluyendo que seguía más o menos las tendencias de ese periodo; cf. también VÁZQUEZ HERNÁNDEZ (2001). MORALES SÁNCHEZ (2001) estudia la valoración que hace CASTELAR de la literatura, así como su especial predilección, crítica y creativa, por la narrativa.

limitaré a analizar el papel que cumple el mundo clásico en dicha obra, aunque a veces deba hacer algunas consideraciones de interpretación literaria.

4.1. LA REDENCIÓN DEL ESCLAVO

Obra dialogada en prosa lírica y forma dramatizada, de contenido poético-religioso e intención histórico-política⁵⁶, que comienza en el Paraíso, y en la cual intervienen el Eterno, los ángeles, Satán, Adán y Eva y sus hijos, y diversas divinidades de las religiones antiguas (Brahma, Mitra, Isis, etc.). El esclavo, cuyo nombre es Oriel, realiza un itinerario a través de la historia de las religiones, hasta ser redimido por el cristianismo. La obra tiene cuatro volúmenes y cada volumen dos partes. Doy una sinopsis muy breve que incluye referencias a hechos o personajes del mundo clásico.

En la *Metamorfosis. Jornada sexta* (vol. II, pp. 339-405) aparecen Hermes, que guarda el templo de Isis en Egipto, y Baco. El esclavo quiere seguir a Baco, ya que ve en él la alegría de vivir: «abres mi corazón al amor y a la esperanza», le dice (p. 387). Pero los ángeles lo disuaden: «No, no le sigas. La libertad no está en la naturaleza; la libertad está en el espíritu» (p. 388). Grecia, personaje alegórico que representa «el arte, la hermosura y el amor» (p. 393), llama también a Oriel. El esclavo quiere seguirla, pero, en cuanto sale junto a Baco del templo de Isis, éste se derrumba. Es decir, los dioses paganos han dejado de existir. Un nuevo personaje, Roma, es la unión de todos los pueblos; al igual que busca un solo pensamiento, un derecho, una lengua, etc., espera encontrar un solo Dios (pp. 396-398). El Profeta predice la caída de Roma ante los bárbaros (vol. III, p. 211 ss.), pero Roma resucitará y será «el centro del mundo moral».

Vol. III, jornadas 1.^a y 2.^a de la 2.^a parte. *Jornada segunda. El trabajo* (pp. 225-312). Oriel está en Grecia. Los dioses tienen miedo de que su supremacía sobre los hombres termine y éstos acaben con su culto. Oriel quiere hacer lo que hizo Prometeo: «Sólo he querido el bien de los hombres» (p. 290). Sujeto al cráter de un volcán, cuervos devorarán su corazón y su hígado, que le crecen de nuevo. Pero Oriel no está vencido, es eterno: mientras que los dioses son formas, él es esencia, idea, espíritu y actividad. Es la razón la que amenaza a los dioses⁵⁷. Los griegos acabarán con sus dioses.

Vol. IV, jornadas 3.^a y 4.^a de la 2.^a parte. *Jornada tercera. La esperanza* (pp. 3-121). Oriel aparece junto a Espartaco. Se dramatiza la historia de éste, con su liberación, triunfo y derrota. Al borde de la muerte, Espartaco vaticina el fin de Roma y el triunfo de la Cruz, «la cúspide del mundo, la cima del espíritu, el árbol de la vida» (p. 121)⁵⁸.

⁵⁶ CASTELAR tenía en gran estima esta obra, si nos atenemos a su *Autobiografía*, p. CXXII, donde la llama «poema en prosa» y dice: «El plan de la obra es (...) presentar en la historia las sucesivas transformaciones de la plebe, de la democracia, desde el paria antiguo hasta el ciudadano moderno».

⁵⁷ Aquí se aprecia el hegelismo de CASTELAR (véase *infra* 5.1), la razón como ente absoluto que llega a poseerse a sí misma (p. 297): «Y si la voluntad, y si la razón, han llegado a poseerse a sí mismas, ¿creéis que durante mucho tiempo van a encerrarse bajo el yugo de las mismas creencias?».

⁵⁸ CASTELAR prefigura en cierto modo a Stanley KUBRICK. El lector de este drama tiene más de una vez la sensación de estar escuchando a Kirk DOUGLAS en *Espartaco* (película de 1959-60). Por otro lado, la estructura narrativa a base de breves escenas dialogadas tiene algo de guion cinematográfico, y permíteme por el anacronismo. Una comparación de ambas obras tal vez arrojaría coincidencias sorprendentes, al menos en cuanto al contenido.

Jornada Cuarta. La agonía (pp. 125-365). Se narra por extenso la historia de Antonio y Cleopatra. Los dioses quieren evitar que Roma traiga al nuevo Dios. La Serpiente Asiática, que se convierte en Cleopatra, lo intenta sin conseguir su propósito. *Epílogo* (pp. 367-377): Los dioses han caído. Oriel ve «en la cima de la colina (...) el patíbulo de los esclavos, la cruz» (p. 368). Mas la libertad no ha llegado todavía. La conciencia se ha separado de la naturaleza, y ahora es libre, pero la corona de espinas se convertirá en corona de diamantes, y la palabra de amor y caridad será signo de opresión y tiranía. «Después de haber creado el espíritu, lo tendremos abismado en la servidumbre» (p. 372). La liberación llegará, sin embargo; palabras finales de Oriel: «La redención del esclavo está en su mente, en la idea de su derecho; y en sus brazos, la virtud de su trabajo».

La obra es un alegato contra la esclavitud y un canto a la libertad del hombre frente a toda clase de opresión, un tema que obsesionaba a Castelar. El autor ha elegido como principal materia argumental dos momentos de la historia de Roma, la rebelión de Espartaco y los últimos momentos de Antonio y Cleopatra. El primero es muy adecuado para su objetivo, no así el segundo, con el que el hilo conductor de la obra se pierde en gran medida. Tal vez Castelar ha sucumbido a las grandes posibilidades dramáticas que le ofrecía esta última historia, incluyéndola en una obra que quizá habría tenido un final más redondo con la muerte de Espartaco. Se trata, además, de un episodio predilecto suyo, ya que le dedicó su atención de nuevo y por extenso en una serie de artículos de 1875 y en otro de 1898 (véase 2.2.2 y 2.2.1), así como en el ensayo *Cleopatra* perteneciente a *Galería histórica de mujeres célebres*. En las larguísimas disquisiciones de sus personajes, Castelar da primacía a la elaboración teórica, pero secundariamente intenta recrear aspectos históricos, sociales, de vida cotidiana incluso, de Grecia y Roma. En ocasiones se trata de textos abigarrados y barrocos. Parece que a Castelar le atraía lo exótico, tal vez porque eso le permitía recrearse en descripciones, dar rienda suelta a un vocabulario preciosista, etc. Véase, por ejemplo, la descripción de las honras fúnebres de Antonio que hace en las pp. 343-344 del vol. IV.

4.2. EL OCASO DE LA LIBERTAD

Este drama histórico transcurre en la época de Tiberio, desde el momento en que Augusto lo ha nombrado sucesor hasta su muerte a manos de Macrón. Consta de trece capítulos y una advertencia final. He aquí una breve sinopsis:

Capítulo I: *Los metamorfóseos*. Narración de varios mitos que resultan en una metamorfosis. Los hombres somos materia, átomos que dan lugar a cambios (pp. 32-33), pero después de pasar por sucesivas transformaciones hemos llegado al espíritu, y en él hemos entrevisto al Ser de los seres, nuestro Dios. Pero hay un tirano que se cree con autoridad para sustituir a esta trilogía eterna que forman la Naturaleza, la Libertad y Dios. II: *Un emperador en el campo*. Este tirano es Augusto. Cremucio Cordo⁵⁹ le pide

⁵⁹ Aulo Cremucio Cordo historió el periodo que va de las guerras civiles hasta al menos el año 18 a.C. Perseguido por Sejano, se suicidó en el 25 d.C. (Tac., *ann.* 4, 34-35). Su obra, en la que había renunciado a glorificar a Augusto, fue quemada, pero autores posteriores pudieron leer una versión abreviada de ella.

la libertad para Roma, pero Augusto le replica que la libertad se conquista, no se pide. III: *Los dioses de la tierra*. Livia, prototipo de la ambición, elimina a todos los posibles rivales de su hijo al trono, envenenando finalmente a Augusto. IV: *Los funerales*. Funerales de Augusto. El autor presenta a Tiberio. V: *La esclavitud de un tirano*. Livia planea los asesinatos de enemigos y rivales, a lo que Tiberio accede, pero, hartado de ser su esclavo, se retira a sus placeres en Capri. Muerte de Livia. VI: *El abismo de un alma*. Tiberio o el odio: Castelar hace aquí un pequeño ensayo de biografismo psicológico⁶⁰. VII: *Sejano*. El poder está de hecho en manos de los pretorianos. Livilla planea asesinar a Druso, el heredero. VIII: *La conciencia humana*. Sejano ejerce un poder tiránico. IX: *El natalicio de Sejano*. Livilla y Sejano planean asesinar a Tiberio. X: *El terror aterrador*. Tiberio en Capri, «aquella isla donde habitaba el viejo carnicero que regía el mundo» (p. 227). XI: *La conjuración*. Livilla y Sejano se disponen a atentar contra Tiberio, pero es éste quien va a destruirlos. XII: *La venganza*. Sejano cae en desgracia, junto con Livilla, y es ejecutado. XIII: *La muerte del tirano*. Tiberio conversa con su amigo Nerwa, que lo llama tirano y le comunica que va a suicidarse. Últimos días de Tiberio, a quien mata Macrón, asfixiándolo.

Al igual que en su obra *Nerón*, Castelar utiliza como fuentes los *Anales* de Tácito, además de la obra de Suetonio⁶¹. Su procedimiento consiste en recrear la época fijándose en los hechos más trascendentales, normalmente a través de escenas sucesivas, engarzadas mediante elementos de transición, que pueden ser secuencias narrativas breves o descripciones de tono lírico. Pese a todo, lo que prima es el diálogo, ya que éste permite mejor la exposición y el contraste de ideas, que es lo que a Castelar le interesa principalmente. De hecho, y como ocurre en las demás obras examinadas en este apartado, apenas hay datos que sitúen la historia y que ayuden al lector a situarse en ella. Castelar tiene escasa intención didáctica y, en todo caso, ésta se circunscribe a los conceptos, no a los hechos históricos. Los personajes son unidimensionales, ya que sirven de vehículo de transmisión de ideas: Tiberio representa la tiranía, y por tanto se comporta como un tirano, sin mayores matices. En este sentido, puede decirse que Castelar corrige a Tácito, ya que el historiador romano presenta en los libros I a III de los *Anales* a un Tiberio eficaz y justo en el gobierno. No así Castelar, cuyo norte durante toda su vida fue conseguir un régimen político justo, basado en la libertad. Tiberio, por lo tanto, representaba una magnífica oportunidad para mostrar todos los vicios y corrupciones inherentes al despotismo.

Lo que escribe Castelar no es novela histórica. La comparación con las novelas de Robert Graves, que tienen una materia argumental muy parecida, arroja claras diferencias, que pueden deducirse en parte de lo ya expuesto. En Castelar no hay verdadera narración que pueda captar al oyente: todo es demasiado discursivo, muy retórico y carente de garra. Cada hecho requiere un verdadero glosario de frases, una suma de comentarios a menudo muy extensos. Por el contrario, hay pasajes en los que el texto alcanza gran altura conceptual y moral.

⁶⁰ Más de medio siglo después, Gregorio MARAÑÓN titulará su biografía *Tiberio, historia de un resentimiento* (Buenos Aires, Espasa-Calpe 1939, con numerosas reediciones).

⁶¹ Menciona a Tácito en las pp. 86 (con cita en latín incluida) y 97, a Suetonio en las pp. 39 y 137.

En la *Advertencia final* (pp. 373-374) Castelar resume lo que ha querido expresar con esta obra y hace algunas reflexiones, que son de gran importancia porque revelan explícitamente su pensamiento sobre ella, el cual es aplicable también a otras obras similares. Por eso analizaré esas reflexiones a continuación con algún detenimiento.

Declara que la obra es «una especie de drama histórico». Dado que nosotros probablemente la llamaríamos «novela histórica», ya que no tiene forma de drama, sino que mezcla la narración hecha por un narrador omnisciente con el diálogo de los personajes, quizá debamos reflexionar sobre aquella denominación. Y es que detrás de aquella expresión ambigua quizá se esconde un dato de interés, a saber, que Castelar considera que lo que él escribe es drama, una obra en la que lo esencial es el diálogo, el intercambio de pareceres. No es que no haya narración, la hay, pero da la impresión de que ésta sirve a dos fines: el de hacer avanzar la acción hasta el próximo diálogo-debate, que es lo que de verdad le interesa al autor, y el de permitir digresiones en forma de descripciones líricas. La segunda reflexión se relaciona con la primera: «apenas ha entrado mi inventiva para otra cosa más que para animar la escena y hacer hablar a los personajes». En efecto, parece que Castelar se ha ceñido a los hechos históricos⁶², sin aportar nada propio en cuanto a los acontecimientos que narra, para poderse dedicar a gusto a «hacer hablar a los personajes» y descargar ahí toda su munición ideológica y retórica. Los personajes no son sino una proyección del autor, y Castelar, quien sin duda se sentía bien hablando, disfruta por tanto haciendo hablar a sus personajes. La tercera reflexión resulta obvia, si se ha leído un poco a Castelar, y no requiere de mayores explicaciones: la obra «tiene por objeto mostrar (...) las tristes consecuencias que trae consigo el abandono de la libertad». La cuarta y última es la que más nos interesa, porque se refiere a Roma como paradigma histórico y cultural y explica por qué es Roma la elegida, y no otra civilización. Por eso trataré un poco más a fondo la cuestión, empezando por la propia cita del texto: «la historia romana guarda tal influjo sobre nuestras ideas, que nos sirve de enseñanza a veces más que la propia historia. Naturalmente, en aquella ciudad nació nuestro derecho civil, nuestra sonora lengua, y hasta la magistratura suprema que rige las conciencias y regula de antiguo la vida moral en nuestra patria. Cualquiera de sus páginas vive en nuestra memoria y despierta nuestro interés. Por consiguiente, me ha parecido que evocándola en toda su terrible verdad evocaba el culto al derecho humano y el horror inextinguible al despotismo». Aquí se conjugan dos ideas. La primera es evidente: el influjo de la cultura romana, en sus diversos aspectos, en la nuestra es tan profundo que Roma sirve mejor como paradigma que nuestra propia historia. La segunda es menos evidente, pero quizá más sutil. La obra es ante todo un ataque contra la tiranía y a la vez una defensa de la libertad. Evocar «el horror inextinguible al despotismo» constituye quizá el objetivo principal de la obra castelariana, tanto de la obra política como de la literaria. A este respecto, la historia de Roma le ofrecía a Castelar enormes posibilidades, ya que pocas civilizaciones han al-

⁶² Si bien admite acto seguido: «las necesidades de la acción y la exigencia natural de agrupar los hechos con alguna más prisa de la que consiente la lenta realidad, me han obligado a trastornar un poco la cronología rigurosa de los hechos. He puesto algunos antes de que sucedieran y he retrasado otros a fin de conseguir efectos dramáticos que la Historia no puede disputar al arte. He ahí todo mi atrevimiento».

bergado en su historia episodios tan conmovedores de lucha por las libertades junto a fases tan siniestras de tiranía. La dicotomía Monarquía igual a opresión y República igual a libertad, básica en el pensamiento de Castelar, tenía en la antigua Roma un paradigma inmejorable, que el estadista no desaprovechó. Ahora bien, la defensa de la libertad propuesta por Castelar actuaba fundamentalmente por contraste, es decir, mediante la exposición de los horrores y el absurdo de los gobiernos tiránicos. En este sentido, el Imperio Romano, con su cohorte de césares dementes, era preferible a Grecia, ya que la civilización helénica simbolizaba para Castelar casi exclusivamente la democracia. Ocurría además que una época como la de Alejandro, aunque faltaba a ese ideal democrático, no era válida para el sagrado objetivo, ya que el imperialismo del macedonio no podía considerarse otra cosa que un cúmulo de hazañas⁶³, a lo que se añadía la justificación de la autodefensa frente al persa, eterno enemigo y amenaza constante para la libertad de los griegos. Y es que el pensamiento de Castelar, si bien positivo y creador en materia política, de hecho suele actuar a la contra. Un motivo de ello es sin duda la época que le tocó vivir, en la que, excepto los once meses que duró la Primera República, y los escasos años de lapso entre la Gloriosa y la entronización de Amadeo de Saboya, Castelar vio el predominio pertinaz de la monarquía, el régimen contra el que luchó, de manera más o menos radical, durante toda su vida. Pero otro motivo hay, que debemos buscar en su ideario filosófico, un ideario de raigambre fundamentalmente hegeliana, como ya hemos empezado a ver al hablar de *La civilización en los cinco primeros siglos del cristianismo*. Castelar se plantea la historia en términos de conflicto entre una tesis y una antítesis: en este sentido, Roma sucederá a Grecia, heredando su espíritu democrático para plantear después un antitético régimen de opresión. Ahora bien, dentro de sí llevará la idea del humanitarismo, de la unidad de los pueblos y la universalidad, de la extensión a todos de una lengua y un derecho, en suma, de una civilización. El advenimiento del cristianismo, que sin Roma nunca habría devenido religión universal, será la síntesis en términos de amor y tolerancia.

4.3. NERÓN. ESTUDIO HISTÓRICO

A pesar de su subtítulo, esta obra puede inscribirse en igual género que la anterior, con la que mantiene obvios lazos argumentales. En este aspecto, comparte también características con *La redención del esclavo*, si bien carece de la forma dramatizada de ésta y su lenguaje es menos poético. Otra diferencia reside en que su contenido no es tan amplio y variado, sino que se concentra más o menos en la vida de Nerón. A lo largo de las 1079 páginas de la obra, el argumento se articula así, resumido brevísimamente: el vol. I (14 caps., 300 pp.) comienza cuando Nerón tenía trece años, terminando en el año 49 d.C., con el regreso de Séneca de su destierro, poco después de la boda de Claudio con Agripina; el vol. II (11 caps., 330 pp.) llega hasta la muerte de Claudio; el vol. III (25 caps., 449 pp.) relata el reinado de Nerón, comenzado en el año 54, hasta la muerte del emperador en el 86.

⁶³ En la tradición castelariana de admirar a los grandes hombres de la historia, otro de los cuales era César.

Como ha indicado Vicente Picón⁶⁴, la fuente de Castelar es Tácito, aunque también Suetonio: los caps. 3-7 del vol. I, que relatan en más de cien páginas los amores de Silio y Mesalina, su matrimonio y su castigo, tienen como fuente los 14 caps. (el 12 y del 26 al 38) del libro XI de los *Anales* de Tácito y las tres referencias de Suetonio, *Claudio* 26, 2; 29, 3 y 36. Los capítulos dedicados a la muerte de Agripina se basan también en Tácito. Un análisis más pormenorizado de los dos primeros capítulos, realizado por Picón, arroja un resultado parecido, ya que las fuentes son de nuevo Tácito, *Anales* 11,10 y 4,34 (p. 7 de la ed. de *Nerón* ya mencionada); 11, 1 (p. 15); 11, 10 (p. 17); Suetonio, *Claudio* 61, 3 (p. 7); 21, 2 (p. 15); además, Higino, *Fábulas* 98 y Ovidio, *Metamorfosis* 13, 162-164 (pp. 13-14).

Casi todo lo dicho con respecto a *El ocaso de la libertad* es válido para *Nerón*. Son obras hermanas: argumentalmente ésta es continuación de aquélla, y ambas beben de Tácito y su relato de la dinastía Julio-Claudia, además de las páginas de Suetonio⁶⁵; en cuanto a su intención histórico-política, son idénticas, ya que pretenden mostrar en toda su crudeza la degeneración a que puede llevar la tiranía. En cambio, *Nerón* es una obra más ambiciosa, de lo que da testimonio su enorme extensión. El relato del reinado de Nerón ocupa en Tácito los libros XIII, XIV, XV y XVI (éste sólo hasta el cap. 35), lo que en Castelar se convierte en más de mil páginas. Hay, por último, en *Nerón* una mayor intención de novelar en comparación con las obras precedentes, concediendo mayor espacio a la narración y el diálogo basado en intervenciones breves de los personajes.

5. CONCLUSIONES: CASTELAR Y SU APORTACIÓN A LOS ESTUDIOS CLÁSICOS

5.1. LAS IDEAS FILOSÓFICAS DE CASTELAR

A la hora de establecer las conclusiones de este trabajo, es preciso preguntarse cuál era el ideario filosófico de Castelar y qué posibles repercusiones tuvo en su visión de Grecia y Roma. En primer lugar hay que mencionar el influjo que en él ejerció el romanticismo histórico, fundamentalmente el de los Mommsen, Niebuhr o Ranke, a quienes Castelar cita más de una vez⁶⁶. Ello es paralelo al impacto que en sus ideas estéticas tuvo el romanticismo. Sobre este aspecto de su concepción histórica, detectable en otros muchos historiadores y eruditos de su época, no creo que sea necesario extenderse.

Centrándonos ya en el ideario genuino de Castelar, para empezar conviene deshacer un equívoco o, al menos, valorar un factor en sus justos términos. En más de un

⁶⁴ PICÓN GARCÍA (2001, 347). Son las mismas fuentes de *El ocaso de la libertad*.

⁶⁵ Obsérvese que CASTELAR pasa de Tiberio a Nerón, omitiendo a los dos emperadores intermedios. Ocurre que, aunque Calígula fue otro déspota alucinado, los libros dedicados a él por Tácito no se han conservado; en cuanto a Claudio, no servía como paradigma de tirano.

⁶⁶ No conozco ningún estudio específico sobre ello; lo señala, aunque sin profundizar, BRAVO AROSEMENA (1970, 134, 181). Este autor dedica varias páginas a Grecia (155-162) y Roma (162-178) en la obra de CASTELAR. Es esencialmente descriptivo, pero toca los aspectos fundamentales de su pensamiento historiográfico.

estudio sobre Castelar se asocia a éste con el krausismo⁶⁷, que, como es sabido, fue el ideario filosófico de mayor influencia en los ambientes intelectuales del siglo XIX español, llegando a ejercer un gran predominio en la universidad, al menos en ciertos periodos. Sin embargo, parece claro que la relación entre Castelar y este ideario filosófico se limitó casi a los contactos personales o profesionales, así como los vínculos de amistad, mantenidos con algunos de los miembros principales de la escuela, más que a una verdadera identidad de pensamiento, sin que esto signifique que no pudiera haber rasgos de krausismo en el pensamiento del político republicano⁶⁸. A este respecto, puede servir de confirmación el libro de Jiménez García (2002, 103-105), ya que este autor, bajo el epígrafe «Los hombres del krausismo», cataloga a todos los krausistas según las etapas generacionales que pueden distinguirse en esta corriente filosófica. Tras consultar las obras de ocho estudiosos del krausismo, «que resumen perfectamente todos los planteamientos posibles», encontramos que ninguno de ellos menciona a Castelar. Por qué establecen algunos esta identificación entre Castelar y krausismo, cabe en consecuencia preguntarse. La respuesta, a mi juicio, radica precisamente en el predominio que, desde los años anteriores a la revolución de 1868, había alcanzado el krausismo en España. Esta filosofía se convirtió así en la gran adversaria de la «filosofía oficial», de corte escolástico y neocatólico, por lo cual se denominaba «krausista» a todo el que no comulgaba con el pensamiento tradicional, aunque lo esencial de su pensamiento no perteneciera a esta corriente (Jiménez García 2002, 102). El krausismo de Castelar, por lo tanto, pudo consistir más en una actitud que en un ideario, lo que posiblemente ocurrió también con otros intelectuales de su época⁶⁹.

La principal fuente del pensamiento de Castelar está en Hegel⁷⁰. Es cierto que no resulta fácil definir o determinar el hegelismo⁷¹ de Castelar, ya que éste era ante todo un político, y su oficio le impedía definirse de manera tajante en materia filosófica⁷²,

⁶⁷ Un ejemplo: el artículo sobre CASTELAR en el archiconsultado *Diccionario de autores* de la editorial italiana Bompiani (trad. española, Barcelona, Hora 2001⁵, vol. I, p. 490), obra de A. BIANCHINI FALES, habla de «la influencia ejercida sobre él por el grupo krausista en el cual se formó espiritualmente», pero no menciona en absoluto a Hegel.

⁶⁸ Muchos de los principales krausistas, como el propio introductor de esta filosofía en España, Julián SANZ DEL RÍO, eran colegas de CASTELAR en la Universidad de Madrid. Por poner un ejemplo: a la conclusión del primer volumen de *La civilización en los cinco primeros siglos del cristianismo*, CASTELAR menciona en los agradecimientos a SANZ DEL RÍO.

⁶⁹ Tal y como señala J.L. GÓMEZ MARTÍNEZ, «Galdós y el krausismo español», *Nueva Revista de Filología Hispánica* 22 (1983) 55 (tomo la cita de GARCÍA JURADO 2002, 56, n. 36).

⁷⁰ Mi exposición de basa fundamentalmente en GARCÍA CASANOVA (1982); con él coincide en lo esencial J.L. ABELLÁN (1984, 573-579). En su *Historia del movimiento republicano en Europa* (Madrid, Manuel RODRÍGUEZ 1873), vol. I, p. 146, el propio CASTELAR expone la filosofía de Hegel, haciéndola suya, aunque no está de acuerdo en algunos puntos. No voy a plantear aquí, porque no viene al caso, si el influjo de Hegel es directo o a través de intermediarios, que a menudo son eclécticos: cf. GARCÍA CASANOVA (1982, 141). Sobre la influencia hegeliana en España, en general, cf. ABELLÁN (1984, 560-565).

⁷¹ Escribo «hegelismo», y no «hegelianismo» (de «hegeliano»), aunque esta palabra parece ser hoy más habitual, como escribo «kantismo», y no «kantianismo», término no empleado en español, pese al adjetivo «kantiano».

⁷² Ésta es la convincente explicación de GARCÍA CASANOVA (1982, 92): «su continuo cuidado de no ofrecer nunca a sus lectores y oyentes un sistema metafísico concreto y bien delimitado». No obstante, matizamos: no es que CASTELAR *ocultara* un ideario concreto, es que, como político que era, su ideario podía adaptarse hasta cierto punto a las circunstancias. Con todo, el hegelismo de fondo es evidente.

pero es obvio que esta filosofía se halla en la base de su pensamiento y que, en cuanto metodología, produce abundantes frutos aplicada al mundo grecorromano.

Centrándonos en la filosofía de la historia, encontramos que para Hegel la historia es la historia del caminar del espíritu hacia una meta última, que es gobernada de forma providente por la razón absoluta. La totalidad del proceso histórico es la realización del Reino de Dios, y la filosofía un culto intelectual a Él⁷³. La historia es una superación constante en términos dialécticos. La tríada tesis, antítesis y síntesis se erige como método de análisis histórico: «Mirad toda idea, y veréis cómo toda idea tiene tres términos: tesis, antítesis y síntesis. Mirad el tiempo, y veréis cómo tiene tres fases: pasado, presente y porvenir. Mirad el espíritu, y veréis cómo tiene tres grandes facultades: sentimiento, voluntad y razón»⁷⁴. Este modelo metodológico será clave en todo el análisis histórico de Castelar, repitiéndose hasta la saciedad.

Castelar acepta el historicismo de Hegel, pues el espíritu, que es uno en esencia⁷⁵, es el sujeto de la historia y no una construcción abstracta del conocimiento. La unidad esencial del espíritu, por lo tanto, explica que las épocas pasadas no hayan sido superadas definitivamente, lo que va contra las ideas positivistas de la época. Es decir, Grecia y Roma están vivas, y no son un mero paradigma objeto de contemplación.

Ahora bien, el espíritu libre tiende a determinarse en la acción de los individuos. Esto significa que Castelar comparte el concepto hegeliano de los grandes hombres. El éxito del héroe, por ejemplo César⁷⁶, no se da por la genialidad de sus ideas, ni por la fuerza de su carácter, sino por saber encarnar la voluntad general, ya que la colectividad es la auténtica protagonista de la historia⁷⁷.

Digamos, por último, que no todo es coincidencia. Donde chocan las ideas de Hegel y las de Castelar es en el terreno de la filosofía política. La teoría del estado hegeliano era monárquica, lo que Castelar no podía aceptar en modo alguno⁷⁸.

Las ideas estéticas de Castelar no se apartan de las que predominaban en su época. Pueden inscribirse, a nuestro entender, en la corriente romántica⁷⁹ que, tardíamente en comparación con otros países europeos, entró en España a partir de la segunda y tercera décadas del siglo XIX. Como es sabido, resulta muy difícil caracterizar o definir la muy rica variedad de tendencias que coexistieron en el Romanticismo español, pero es evidente que en la base de todas hubo un anhelo común de libertad estética y política, por lo que el Romanticismo va unido esencialmente al liberalismo político, en el cual se inscribe la figura de Castelar. Éste, por otro lado, admiraba el

⁷³ GARCÍA CASANOVA (1982, 137).

⁷⁴ *La fórmula del progreso* (Madrid, J. Casas y Díaz, 1858), p. 14.

⁷⁵ La idea, que se aprecia claramente en una obra temprana como *La civilización en los cinco primeros siglos del cristianismo*, se mantiene 22 años después, en su discurso de entrada en la Real Academia Española en 1880: cf. GARCÍA CASANOVA (1982, 153).

⁷⁶ Véase al respecto lo expuesto en 3.1 sobre la figura de César tal y como aparece en *Lucano*.

⁷⁷ GARCÍA CASANOVA (1982, 156).

⁷⁸ GARCÍA CASANOVA (1982, 207), quien cree que esta visión de la teoría hegeliana del estado es discutible, ya que sus receptores resultaron influidos por la visión insuficiente que de ella había dado el pensamiento liberal europeo. En todo caso, es la visión que tenía CASTELAR.

⁷⁹ En esto estoy de acuerdo con GARCÍA TEJERA (2001, 37-50, esp. 41-45), si bien considero muy necesarios los matices que añado a continuación.

arte clásico de Grecia y Roma, teniendo a Grecia en especial como paradigma de la belleza en las formas artísticas. Ya hemos hablado de su entusiasmo por la tragedia griega, que situaba por encima de cualquier otro género literario. Podría pensarse, sin embargo, que un ideario romántico no es compatible con esta admiración por lo grecorromano. Ahora bien, Castelar entendió siempre que el arte y la literatura clásicos no debían ser imitados, sino sólo contemplados o disfrutados, ya que toda manifestación artística se debe a su tiempo. Proclamando la liberación de la sujeción a los modelos del arte clásico o clasicista y situando éstos como objeto de contemplación y disfrute, Castelar conciliaba sus gustos personales con el movimiento estético predominante en su época. Todo ello se relaciona, asimismo, con la influencia que tuvo su pensamiento la historiografía histórico-romántica, de la que ya he hablado al comienzo de este apartado.

5.2. PREFERENCIAS EN EL ÁMBITO DE LA LITERATURA GRECOLATINA

Los autores citados por Castelar no son demasiado numerosos, pero sí son los más importantes de la literatura grecolatina. Al analizar *La civilización en los cinco primeros siglos del cristianismo* hemos podido apreciarlo. Son autores que no difieren mucho del canon establecido ya en aquella época y que, esencialmente, persiste hoy: Homero y Virgilio, los trágicos griegos, Plauto y Terencio, Aristófanes, los principales poetas líricos (Safo, Píndaro, Ovidio, Horacio, etc.), Demóstenes, los historiadores y los filósofos, especialmente Platón y Aristóteles, y, por último, el género de la sátira. No tiene nada de raro que Castelar no mencione a algunos autores que en su época eran menos apreciados que hoy (sucede con varios poetas líricos: Arquíloco, pongamos por caso, tal vez Catulo) ni, obviamente, a aquellos autores cuya obra se ha conocido en su mayor parte después (Baquilides o Menandro, por ejemplo).

El canon se confirma en otras obras. Por ejemplo, una de las veces que sobrevuela rápidamente la literatura griega, menciona a Demóstenes, Aristóteles, Platón, Tucídides, Píndaro y Sófocles como ejemplos de sus respectivos géneros⁸⁰. Las alusiones ocasionales confirman lo dicho. Tomemos una obra cualquiera, por ejemplo el volumen III de *La redención del esclavo*, y encontraremos alusiones a Safo (p. 204), Platón (p. 266), Sófocles y Eurípides (p. 269), Aristófanes (pp. 271-272), Jenofonte y Epicuro (p. 270).

En resumen, pueden apreciarse dos cosas en la obra de Castelar. La primera es que las referencias a autores clásicos son muy frecuentes. Para Castelar era naturalísimo recurrir a ejemplos del mundo clásico, cualquiera que fuese el asunto que tuviera entre manos. La segunda, que los autores usados son casi siempre los más importantes de la literatura grecolatina en sus diferentes géneros⁸¹. Para ser justos, sin embargo,

⁸⁰ *La revolución religiosa*, vol. I, p. XXII, y casi los mismos autores de nuevo en la p. XXVII.

⁸¹ Puede sorprender que un historiador de la influencia de Heródoto apenas sea mencionado, y que tampoco se nombre demasiado a los demás historiadores griegos. La razón puede estribar en que CASTELAR sentía una predilección especial por la historia de la Roma de los césares, por lo que otros periodos de la antigüedad

debemos indicar que Castelar menciona en ocasiones a autores que no llevan la etiqueta de «canónicos», lo que apunta a un conocimiento más amplio de la literatura grecolatina. Es el caso, por ejemplo, de Zenón de Citio o Posidonio⁸², así como de Juliano, con referencia a Jámblico incorporada⁸³. En *La redención del esclavo* (vol. III, p. 274) aparece una alusión a un texto en que los muebles, la vajilla, etc., responden a las órdenes del comensal como si fuera un nuevo aprendiz de mago, y la comida se cocina sola. Probablemente se trata del pasaje perteneciente al cómico Crates (frs. 16 y 17 K.-A., de su obra *Θηρία*), citado por Ateneo (VI, 267E y 268A), aunque en este caso sospecho un conocimiento de segunda mano. Aparecen citados también mitos muy variados, desde los más conocidos, por ejemplo Dafne o Narciso, hasta otros menos corrientes, como Ceix y Alcíone o Glauco el del mar⁸⁴. Con todo, esto no demuestra necesariamente lecturas muy amplias, ya que una única obra como las *Metamorfosis* de Ovidio, bien conocida por Castelar, puede ser su fuente.

Es lógico pensar, por último, que el gusto personal de Castelar influyera en la frecuencia de aparición de tal o cual escritor. Ya hemos visto su preferencia por los autores y géneros «serios», por la filosofía y la historia en especial, y por la tragedia, entre los géneros poéticos. La inclinación personal explica también que no se haga eco de un género como el de la novela, de carácter y contenido más ligeros que todos los ya mencionados. Podría aducirse con razón que este género, hoy en auge, era poco leído y apreciado en el XIX. Sin embargo, no olvidemos que una novela como *Dafnis y Cloe* fue traducida por Juan Valera. La causa de que Castelar no la tenga en cuenta, por lo tanto, hay que buscarla en su gusto personal, mucho menos inclinado hacia lo considerado frívolo que el del literato, diplomático y hombre de mundo, además de helenista en sus ratos libres⁸⁵.

5.3. ASPECTOS FORMALES Y METODOLÓGICOS EN SU TRATAMIENTO DE LAS FUENTES CLÁSICAS

Estudiaremos ahora hasta qué punto cumplía Castelar varias normas formales y metodológicas que se suelen considerar inherentes a la obra académica o científica. En general, Castelar no se preocupaba de presentar con rigor las fuentes manejadas. Una frase de Ramón de Campoamor define con contundencia este proceder: «le faltaba la moralidad de la referencia»⁸⁶. El hecho es que Castelar no cita nunca biblio-

dad quedaron un tanto relegados. Así, el escaso interés por las Guerras Púnicas explica la ausencia de un historiador tan importante como Tito Livio.

⁸² *La redención del esclavo*, p. 270.

⁸³ *Perfiles de personajes y bocetos de ideas* (Madrid, A. de San Martín 1875), pp. 288-293. No obstante, conviene ser prudente, porque el conocimiento puede ser de segunda mano: aquí compara a Juliano con Federico Guillermo IV de Prusia como ejemplos de reaccionarios, pero dice que la comparación no es suya, sino de un pensador alemán a quien no nombra (de nuevo, en pp. 304-309).

⁸⁴ *El ocaso de la libertad*, p. 19ss. y 25ss., respectivamente.

⁸⁵ Sobre VALERA humanista, véase el fundamental libro de GARCÍA JURADO-HUALDE PASCUAL (1998); acerca de su traducción de la novela de Longo, *ibid.*, pp. 52-56.

⁸⁶ Para no pecar de inmoral también, reconozco haber tomado la cita de LLORCA (1966, 347, n. 1). El hecho de que el poeta atribuyera a esta circunstancia matices morales puede deberse a que fue adversario políti-

grafía⁸⁷, lo que no era tan raro en la época, pero es que tampoco cita casi nunca por su nombre a otros historiadores, filólogos o eruditos, para atribuirles ideas o teorías. Cuando el mencionado es un autor griego o romano, tampoco hay alusión alguna al pasaje al que se hace referencia, es más, a menudo ni siquiera se dice el nombre de la obra. Los escritos de Castelar, por lo tanto, transcurren siempre en una especie de mundo de ideas, muy teórico como tal, y del que casi nunca se desciende para acudir al apoyo de un testimonio, de una autoridad. En esta misma línea, no utiliza apenas términos técnicos⁸⁸. Es también habitual en Castelar que los nombres propios extranjeros contengan errores. En algunos casos puede tratarse de erratas, pero es obvio que otros son imputables al autor⁸⁹. Y es que Castelar trabaja principalmente de memoria. Lector impenitente y dotado de una gran memoria, se empapa de historia, pero, como es lógico, su memoria alcanza a reproducir después lo conceptual sobre todo, no tanto los datos o los hechos concretos. A esa memoria conceptual une una capacidad de síntesis fuera de lo común. El resultado es una serie de escritos que constituyen interpretaciones de procesos históricos o de periodos literarios, incluso de civilizaciones o de literaturas enteras. No enseña apenas datos, en cambio. Interpreta mucho más que informa.

En su trabajo acerca del *Nerón*, Vicente Picón⁹⁰ afirma que Castelar se documenta bien. Según este estudioso, Castelar había asimilado perfectamente el conocimiento del mundo clásico. Son dos hechos independientes, en mi opinión, ya que ninguno de los dos presupone el otro necesariamente. Es más, en cierto modo son antitéticos, ya que la asimilación conceptual y sintética que es típica de Castelar hace innecesario en gran medida el tener que documentarse. Creo poder afirmar que, si ciertamente Castelar ha asimilado el conocimiento del mundo clásico, lo ha hecho a través de sus abundantes lecturas. Por ejemplo, en *Galería histórica de mujeres célebres* parece haber utilizado como fuente principal las *Vidas paralelas* de Plutarco, pero también a otros historiadores de la antigüedad (así lo he indicado al final de 3.3). Además, no son pocos los poetas de cuya obra bebe Castelar, como resulta evidente sólo con leerlo. A partir de estas lecturas ha asimilado los conceptos, las grandes ideas, organizando los hechos en torno a éstas. Después, esto le ha bastado para elaborar sus teorías, ya sea en los estudios históricos o en las obras literarias de contenido también histórico (en estas últimas, integradas en una estructura narrativa más bien débil). Por

co de CASTELAR, ya que militó en el partido moderado de Romero Robledo; por cierto, fue gobernador civil de Alicante.

⁸⁷ La excepción es *Lucano...*, su obra más «filológica», o la única.

⁸⁸ Ya lo hace notar GARCÍA CASANOVA (1982, 158). Términos como, por ejemplo, *Vermittlung* o «mediación», de tanta importancia en el sistema hegeliano, creo no haberlos visto nunca en CASTELAR, a pesar de que éste expone en diferentes ocasiones lo esencial de la filosofía de Hegel.

⁸⁹ He aquí un pequeño elenco: Brunneleschi (*Retratos históricos*, Madrid, Oficinas de la Ilustración Española y Americana 1884, 191), Angelo Buonaroti (*ibid.*, 250), Zurik (*ibid.*, 285), Wasingthon (*ibid.*, 282), Brooklin (*ibid.*, 270), son posibles erratas; Manilio Ficino (*Perfiles de personajes y bocetos de ideas*, 352) desde luego parece error de memoria, quizá por cruce de Marsilio Ficino con el poeta Manilio; asimismo, atribuye a Platón el *Euforión*, en vez del *Eutifrón* (*Galería histórica...*, vol. V, 189); Apolonio de Tyada (*La civilización en los cinco primeros siglos...*, vol. I, 424) es quizá errata.

⁹⁰ PICÓN GARCÍA (2001, 346). Recordemos que analiza los dos primeros capítulos del *Nerón*.

tal motivo, no ha necesitado documentarse en el momento de escribir la obra, ya que se había «documentado» previamente asimilando conceptos e ideas.

Ocurre que, en ocasiones, comete errores de cierto peso. Uno de sus adversarios políticos, el marqués de Pidal, encontró materia para escribir un opúsculo (Pidal y Mon 1869) dedicado a resaltar y corregir varios errores históricos cometidos en un único discurso, el celeberrimo sobre la libertad religiosa pronunciado el 12 de abril de 1869. En relación con los clásicos, también hay algunos deslices que parecen deberse a descuidos y errores de memoria. Algunos ejemplos: a Sócrates le dieron la cicuta los sofistas griegos; Platón fue esclavo en Siracusa; Sófocles componía hexámetros⁹¹.

Es poco frecuente que Castelar incluya en sus obras citas latinas. Cuando lo hace, suele tratarse de una cita muy conocida, que sin duda conocía de memoria. Por ejemplo, la frase famosa *victrix causa diis placuit, sed victa Catoni* (Lucano 1, 128), la he visto tres veces⁹². En ocasiones las citas son algo más abundantes por algún motivo especial, que puede tener que ver con lo expuesto en ese momento; así ocurre con varias citas de la *Eneida* contenidas en el ensayo sobre Dido en *Galería histórica de mujeres célebres* (vol. V), o las citas de las *Metamorfosis* de Ovidio que incluye el capítulo sobre Dafne (vol. IV). En cuanto a citas en griego, puedo aducir tres. Una encabeza el opúsculo *Lucano, su vida, su genio, su poema*; está tomada de Aristóteles, *Po.* 1448b 25-26 (cap. IV, 2) οἱ μὲν γὰρ σεμνότεροι, τὰς καλὰς μιμοῦντο πράξεις καὶ τὰς τῶν τοιούτων τύχας.⁹³ La segunda aparece transcrita en *Perfiles de personajes y bocetos de ideas* (p. 337): «No hay ningún ser (...) que no sea inteligible. Pues este inteligible es lo verdadero para el filósofo; *oontos on*, como decían los griegos». Seguramente es una errata. La tercera encabeza su ensayo sobre Helena, y está tomada de la *Andrómaca* de Eurípides, v. 680: 'Ἐλένη δ' ἐμόχθησ' οὐχ ἑκοῦσ' ἀλλ' ἐκ θεῶν⁹⁴.

Aparte de que tener que escribir constantemente, movido por necesidades económicas, la razón primordial de este proceder puede estar en el hecho de que Castelar fue ante todo político y orador⁹⁵. Como tal, creó un estilo que, con variaciones, desarrolló no sólo en sus discursos, sino también en ensayos, narraciones, dramas dialogados e incluso monografías históricas. Su estilo oratorio, fundamental porque armaba la estructura de sus discursos, los textos de mayor importancia en una figura política

⁹¹ Respectivamente en: *La fórmula del progreso* (Madrid, J. Casas y Díaz 1858), p. 57 (condenado por el Areópago, cf. n. 40); *La redención del esclavo*, vol. III, p. 266; *Galería histórica...*, vol. V, p. 189.

⁹² *Lucano...*, 24; *La fórmula del progreso*, 136; *Galería histórica...*, vol. VI, 333.

⁹³ «Pues los más elevados [*sc.* poetas] representaban las acciones bellas y las fortunas de tales hombres [*sc.* bellos]». El texto, pero no la cita, continúa οἱ δ' εὐτελέστεροι τὰς τῶν φαύλων: «Y los más vulgares, las de los hombres bajos». Curiosamente, la edición de KASSEL (Oxford 1965) no lee τύχας, y no indica nada en el aparato crítico; tampoco otras ediciones al uso consultadas (HARDY, en Budé, y FYFE, en Loeb).

⁹⁴ «Helena padeció no por su voluntad, sino por causa de los dioses». A continuación copio literalmente la cita, como testimonio de la precariedad tipográfica de la época en cuanto al uso del griego (en un libro, por lo demás, editado con calidad, incluso tipográfica): Ἐλενη δ'εμοχθησ' ὄνχερουσ' ἀλλεσθεων.

⁹⁵ Es paradójico que los recursos retóricos, el estilo, etc., del principal orador del siglo XIX y, tal vez, de toda la historia del parlamentarismo español apenas hayan sido estudiados. Sólo el aún reciente auge de los estudios sobre retórica ha permitido una floración de trabajos sobre aspectos de la oratoria de CASTELAR, si bien sigue faltando uno de conjunto, según mis noticias. La mayoría está en HERNÁNDEZ GUERRERO, ed. (2001).

y parlamentaria como la suya, invadió otro tipo de escritos, y acabó convirtiéndose en *su estilo*. Y este estilo no permitía la cita frecuente, la mención de opiniones ajenas, aunque fuese para refutarlas después, ni, mucho menos, la aparición de referencias bibliográficas. El estilo de Castelar necesitaba fluir, discurrir libre y sin obstáculos y, a la vez, hechizar al oyente o lector con sus tropos y figuras, permitiendo al concepto desenvolverse sin las ataduras terrenales de los formalismos académicos. No me resisto a incluir aquí un párrafo de Menéndez Pelayo, redactado con esencial injusticia y aviesa intención ideológicas, pero muy bien escrito, ya que, con gran agudeza y un cierto grado de imitación irónica del estilo castelariano, define a la perfección ese estilo tan característico del orador que fue Castelar:

«En cada discurso del Sr. Castelar se recorre dos o tres veces, sintéticamente, la universal historia humana, y el lector, cual otro judío errante, ve pasar a su atónita contemplación todos los siglos, desfilar todas las generaciones, hundirse los imperios, levantarse los siervos contra los señores, caer el Occidente sobre el Oriente, peregrina por todos los campos de batalla, se embarca en todos los navíos descubridores y ve labrarse todas las estatuas y escribirse todas las epopeyas. Y, no satisfecho el Sr. Castelar con abarcar así los términos de la tierra, desciende unas veces a sus entrañas, y otras veces súbese a las esferas siderales, y desde el hierro y el carbón de piedra hasta la estrella *Sirio*, todo lo ata y entreteje en ese enorme ramillete, donde las ideas y los sistemas, las heroicidades y los crímenes, las plantas y los metales, son otras tantas gigantescas flores retóricas»⁹⁶.

5.4. OTRAS CONSIDERACIONES SOBRE LOS CLÁSICOS

En la obra de Castelar no hay lugar para la discusión de problemas estrictamente literarios o filológicos. No aparecen planteadas cuestiones de autoría, de género o composición de la obra literaria, etc. Puede ser un buen ejemplo la cuestión homérica, que se debatía ya, aunque fuera de forma superficial, en las historias de la literatura griega publicadas en España por aquel entonces⁹⁷. A Castelar le interesaban los poemas homéricos como vehículo de ideas y testimonio de una civilización y una época, pero su gestación u origen no le preocupaban apenas. Por otra parte, la posibilidad de que la *Iliada* y la *Odisea* fueran obras de distintos poetas, o incluso obra colectiva, chocaba contra su concepto de los grandes hombres y del genio individual⁹⁸.

No tengo noticia de que Castelar se planteara nunca hacer una traducción de una obra literaria griega o latina, ni sé que haya aludido en sus escritos a problemas de tra-

⁹⁶ *Historia de los heterodoxos españoles* (Madrid, BAC 1967²), vol. II, p. 955. El ortodoxo don Marcelino, que era especialista en disparar contra todo lo que se movía, ya fuera jabalí, gorrión o guardabosques, daba aquí rienda suelta a su animadversión contra uno de los incluidos en su índice particular de heterodoxos. No obstante, ambos mantuvieron siempre una buena relación personal, a pesar de sus diferencias ideológicas.

⁹⁷ Cf. al respecto HUALDE PASCUAL (en prensa).

⁹⁸ Lo que no significa, desde luego, que ignorara la cuestión: «Wolff y Niebhur (*sic* ambos) suponen las epopeyas de Homero y Ennio una colección de cánticos recogida y fijada bajo artificiosa unidad en tiempos de prosa y erudición, pasando así a la categoría de historias y así revistiendo los caracteres históricos. No lo dudamos» (*Galería...*, vol. V, p. 332).

ducción de estas lenguas al español, analizado o discutido significados oscuros o, sencillamente, tratado curiosidades relacionadas con las lenguas clásicas. El hecho es que a Castelar le interesan poco las lenguas, y menos aún lo relativo a la ciencia de la lingüística. Es francamente raro que se plantee problemas de esta índole y, cuando lo hace, se aprecia escaso rigor en su argumentación. Explica por ejemplo que la palabra latina *deus* se deriva del antiguo *deva* indio, «que quiere decir tanto como brillo, y que prueba cuánto nuestros progenitores confundieron la idea del Dios eterno creador y conservador de todas las cosas, con la idea del fuego que ha producido y ha conservado, por medio de sus condensaciones varias, todo el Universo»⁹⁹. Como puede apreciarse, está siempre presente su tendencia a huir del dato preciso y volar hacia regiones más elevadas.

Cabe preguntarse, por último, qué pensaba Castelar sobre la importancia del latín y el griego en la cultura del país, y la conveniencia o no de su enseñanza en los diversos niveles educativos, y si intervino de algún modo para contribuir al fomento de los estudios clásicos en España. El hecho es que no es un asunto que le preocupe (por cierto, no suele interesarse mucho por la educación en general, ni tampoco por la universitaria, quizá como buen político)¹⁰⁰, pero sí hay un suceso interesante que él mismo relata en *Perfiles de personajes y bocetos de ideas* (p. 354): en carta dirigida al Sr. W. Hossaeus, en relación con una disputa que mantienen, le reprocha que no conozca bien la situación de la universidad en España: «Venga Vd. a nuestra Universidad Central, y oirá Vd. explicar el griego, el hebreo, el árabe, como se puede explicar en las primeras escuelas del mundo». El elogio prosigue, referido a otros campos del saber. La cita es definitiva para demostrar el nulo conocimiento que tenía Castelar de la filología clásica practicada en las naciones más avanzadas¹⁰¹. La carta está fechada el 10 de marzo de 1861. Pues bien, permítame el lector algunos breves apuntes sobre el estado de la filología clásica en Europa por esos años. La situación en Alemania no era mala precisamente: aunque en 1848 había muerto Gottfried Hermann, y Karl Lachmann en 1851, el primero de esos años veía la luz Ulrich von Wilamowitz, mientras que su futuro suegro, Theodor Mommsen, nacido en 1817, estaba en pleno apogeo, y el gran rival de Hermann, August Böckh, veía cómo comenzaban a publicarse en 1858 sus *Kleine Schriften*. En Berlín profesaba Droysen desde 1859, el mismo año que, en Holanda, Cobet publicaba en la ya prestigiosa *Mnemosyne* su gran artículo sobre el texto de Caritón, después de haber dado a la imprenta sus dos obras más importantes, las *Variae Lectiones* (1854) y las *Novae Lectiones* (1858). Francia había visto aparecer en 1847 la *Historie de l'esclavage dans l'Antiquité* de Henri Wallon¹⁰² y, en las islas, los helenistas

⁹⁹ *La revolución religiosa* (véase 2.1.1), vol. IV, 818. Similar idea aparece en *Galería...*, vol. VI, 139, donde afirma que lat. *Deus* procede del gr. *Zeus*, que a su vez viene del scr. *Devas*.

¹⁰⁰ A diferencia, por ejemplo, de Leopoldo ALAS. Su discurso de inauguración del curso 1891-1892 en la Universidad de Oviedo lo dedicó Clarín a criticar el utilitarismo pedagógico que arremetía ya entonces contra la enseñanza del griego y el latín (RUIZ PÉREZ 1997, 62).

¹⁰¹ Contrasta con la opinión de Clarín, quien expresa su desolación por el estado de los estudios clásicos en España: «En España, olvidando una gloriosa tradición, los estudios de este orden, como todos, andan por los suelos» (*Un discurso. Folletos literarios VIII*, Madrid 1891; tomo la cita de Ruiz Pérez 1997, 64).

¹⁰² Libro aún útil, como demuestra el que haya sido reeditado en 1988 (París, Robert Laffont, con bibliografía, cronología e índice de J.C. DUMONT).

británicos usaban el diccionario de Liddell y Scott desde casi veinte años atrás¹⁰³, y los latinistas podían leer desde 1864 la famosa edición comentada de Lucrecio, obra de H. A. J. Munro, y esto poco después de que, en Dinamarca, Madvig publicara sus célebres *Emendationes Livianae*, de 1860, sólo un año antes de la carta de Castelar origen de este comentario, que por pudor patriótico termino aquí¹⁰⁴.

La enorme exageración de las bondades de la universidad española de aquella época, institución variadamente precaria y esencialmente atrasada en comparación con la de los principales países europeos, se explica en parte porque Castelar siente herido el orgullo patrio. En la postdata (pp. 357-360), llega a ser acerbo con el pobre señor Hossaeus, lo que no es habitual en él. Pero hay también otra razón, que nos interesa más: existe un error de concepto que nace del desconocimiento de fondo que tenía Castelar acerca de lo que se hacía en la filología clásica de otros países. Sólo así se explica por entero su actitud.

6. CASTELAR Y LOS CLÁSICOS DE GRECIA Y ROMA

Tal vez por ser filólogo clásico, al autor de este trabajo le habría gustado titularlo *Emilio Castelar y la filología clásica*, pero no lo ha hecho porque probablemente habría traicionado a la verdad, ya que Castelar no practicó nunca la filología clásica, excepto quizá al escribir su *Lucano*. Otra posibilidad, *Emilio Castelar y el mundo clásico grecolatino*, habría requerido juzgar a fondo la aportación del historiador, lo que sin duda excede los saberes del firmante, ya que Castelar, además de historiador profesional, fue teórico de la historia. Por último, un título como *Emilio Castelar, humanista* habría sido un tanto inexacto. Castelar no fue en sentido estricto humanista, sino, por orden de importancia, político (y orador), historiador y amante de las civilizaciones antiguas, sobre todo de la grecorromana. Le faltó la dedicación exclusiva o, al menos, constante, al objeto de su estudio que suele caracterizar al verdadero humanista. No quiero afirmar lo contrario, es decir, que fuese un diletante, un aficionado ocasional, dado el empeño y la capacidad que ponía en todo lo que llevaba a cabo. Pero mentiría si afirmara que dio prioridad a lo humanístico sobre lo político. Castelar era fundamentalmente (¿como todo político?) un *zoon politikón*, un hombre que, a la usanza ateniense, tenía que intervenir en los asuntos de la polis, de la sociedad en la que vivía. En efecto, Castelar dedicó su vida a defender aquello en lo que creía profundamente, los ideales de la democracia y la república, y para ello encontró un paradigma irrepetible en la antigua Grecia; Castelar quiso conjugar ese ideal con el orden, como única vía posible para el progreso, la paz y la prosperidad, y para inspirar dicho orden, sin merma del ideal democrático, acudió a la república romana. Ésa fue la simbiosis espiritual que guió su vida.

Punto final. Castelar no fue filólogo clásico y, como historiador del mundo grecolatino, quizá no llevó a cabo aportaciones de trascendencia. Sin embargo, sus ideas y

¹⁰³ La primera edición es de 1843. Cuando CASTELAR escribía su carta, en 1861, aparecía la quinta, y en 1897, todavía en vida del político español, la octava, en vigor hasta 1940.

¹⁰⁴ Éstos y otros datos pueden encontrarse en SANDYS (1967²).

comentarios sobre la civilización antigua tienen validez hoy en día como objeto de reflexión, ya que podemos aprender aún de ellos, y su aportación a la historiografía literaria grecolatina merece aprecio y estudio. Y es que Emilio Castelar fue capaz de interpretar, con personalidad intelectual a la vez que capacidad creativa, aquella civilización en sus diferentes manifestaciones, políticas, filosóficas y artísticas, poniendo al servicio de ella su gran arsenal de cultura e inteligencia, y fue capaz también de transmitir a sus muchos lectores, en su variopinta y abundante obra, el amor a los clásicos de Grecia y Roma. Tal vez no es tanto lo que los estudios clásicos le deben en lo científico y académico como en lo propagandístico y divulgativo, pero no es poco.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

(Las obras de Emilio Castelar sobre la antigüedad clásica aparecen en el apartado 2 del artículo)

ABELLÁN, J.L., 1984, *Historia crítica del pensamiento español, 4. Liberalismo y romanticismo (1808-1874)*, Madrid, Espasa-Calpe.

ALBEROLA, G., 1904, *Semblanza de Castelar*, Madrid, Ambrosio Pérez y C.^a.

— 1950, *Emilio Castelar (Memorias de un secretario)*, Madrid, Prensa Española. Es reelaboración y ampliación del libro anterior.

ALBRECHT, M. VON, 1999, *Historia de la literatura romana*, 2 vols., Barcelona, Herder.

APRAIZ, J., 1874, *Apuntes para una historia de los estudios helénicos en España*, Madrid, Noguera.

AZORÍN, 1958³, *De Granada a Castelar*, Madrid, Espasa-Calpe (= 1944¹).

BRAVO AROSEMENA, D., 1970, *La Antigüedad Clásica en el Pensamiento Historiográfico Español del Siglo XIX*, Panamá, Ministerio de Educación.

CAPITÁN DÍAZ, A., 1994, *Historia de la educación en España II. Pedagogía contemporánea*, Madrid, Dykinson.

ESTEVE IBÁÑEZ, L., 1990, *El pensamiento de Emilio Castelar*, Alicante, Universidad de Alicante, tesis en microficha.

FERNÁNDEZ-GALIANO, M., 1977, «Humanismo y literatura en el siglo XIX español», en J. A. Pérez Rioja-M. Fernández-Galiano-A. Amorós, *Humanismo español en el siglo XIX*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 31-65.

GARCÍA CASANOVA, J. F., 1982, *Hegel y el republicanismo en la España del XIX*, Granada, Universidad de Granada.

GARCÍA JURADO, F., 2002, *Alfredo Adolfo Camús (1797-1889). Humanismo en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, Ediciones Clásicas.

GARCÍA JURADO, F., en prensa, «La conciencia de la historia literaria en los autores modernos: visiones de la literatura latina en Pérez Galdós y Huysmans». *XIV Simposio Internacional de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada (Universidad de Alcalá, 7-9 de noviembre de 2002)*.

GARCÍA JURADO, F., HUALDE PASCUAL, P., 1998, *Juan Valera*, Madrid, Ediciones Clásicas.

GARCÍA MERCADAL, J., 1964, *Castelar. Discursos y ensayos*, Madrid, Aguilar. Selección, prólogo y notas por J. G. M.

GARCÍA TEJERA, M. C., 2001, «El concepto de progreso en la estética de Emilio Castelar», en J.A. Hernández Guerrero (ed.), 37-50.

- HERNÁNDEZ GUERRERO, J.A. (ed.), 2001, F. Coca Ramírez-I. Morales Sánchez (coords.), *Emilio Castelar y su época. Actas del I Seminario Emilio Castelar y su época. Ideología, retórica y poética*, Cádiz, Ayuntamiento-Universidad de Cádiz.
- HUALDE PASCUAL, P., en prensa, «Panorama de los manuales de literatura griega en el siglo XIX en España», en F. García Jurado (ed.), *La Historia de la literatura grecolatina en el siglo XIX español: espacio social y literario*.
- HUALDE PASCUAL, P., HERNÁNDEZ MUÑOZ, F.G., 2000, «La Real Academia Greco-Latina y un discurso griego en defensa de los estudios helénicos», *CFC(G)* 10, 283-315.
- JIMÉNEZ, A., 1971, *Historia de la Universidad española*, Madrid, Alianza.
- JIMÉNEZ GARCÍA, A., 2002, *El krausismo y la Institución Libre de Enseñanza*, Prólogo de J. L. Abellán, Madrid, Ediciones Pedagógicas.
- LLORCA, C., 1966, *Emilio Castelar, precursor de la democracia cristiana*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- MORALES SÁNCHEZ, I., 2001, «Castelar y la literatura: ideas sobre narrativa», en J.A. Hernández Guerrero (ed.), 323-333.
- PÉREZ-RIOJA, J. A., 1962, *El helenista Ranz Romanillos y la España de su tiempo (1759-1830)*, Madrid, Centro de Estudios Sorianos, Patronato «José María Quadrado»-CSIC.
- PICÓN GARCÍA, V., 2001, «El Nerón de Emilio Castelar: historia, ficción y retórica», en J. A. Hernández Guerrero (ed.), 335-347.
- PIDAL Y MON, L., 1869, *Las citas históricas del Sr. Castelar*, Madrid, Gregorio Estrada.
- PULIDO, Á., 1922, «Prólogo», en *Obras escogidas de D. Emilio Castelar; I. Autobiografía y algunos discursos inéditos*, Madrid, Ángel de San Martín.
- RUBIO, D., 1934, *Classical Scholarship in Spain*, Washington, Mimeoform Press.
- RUBIO CREMADES, E., 2001, «Emilio Castelar y el contexto literario de su época», en G. Sánchez Recio (coord.), 175-183.
- RUIZ PÉREZ, Á., 1997, «Clarín y el mundo clásico», *EClás* 39, 61-71.
- SÁNCHEZ RECIO, G. (coord.), 2001, *Castelar y su tiempo. Actas de Congreso celebrado en Petrer, del 28 al 30 de abril de 1999*, Petrel-Elda-Alicante, Ayuntamiento de Petrel-Mancomunidad Intermunicipal del Valle del Vinalopó-Universidad de Alicante.
- SANDYS, J. E., 1967², *A History of Classical Scholarship, III. The Eighteenth Century in Germany, and the Nineteenth Century in Europe and the United States of America*, Nueva York-Londres, Hafner (= Cambridge University Press, 1958¹).
- VÁZQUEZ HERNÁNDEZ, V., 2001, «Castelar y Azorín», en G. Sánchez Recio (coord.), 253-266.
- VILCHES GARCÍA, J., 2001, *Emilio Castelar. La Patria y la República*, Madrid, Biblioteca Nueva.